

HISTORIA
DE
RUIZ ZORRILLA

(D MANUEL)

DEDICADA Á LOS ESPAÑOLES

POR

D. E. M. R

PRECIO: UNA PESETA.

MADRID
Imprenta de F. G. Perez
Ballesta, 9, bajo
1885

F-8981

HISTORIA

DE

DON MANUEL RUIZ ZORRILLA

Es propiedad del autor
quien se reserva todos los
derechos.

Queda hecho el depósito
que previene la Ley. (1)

(1) Habiéndonos manifestado que nos sujetemos precisamente á la misma acentuacion y ortografía *sin variar un ápice* del original, transcribimos íntegro el texto de las cuartillas, omitiendo tan solo el acento [que éstas llevan en las letras mayúsculas.—(Nota de la imprenta.)

HISTORIA

DE

RUIZ ZORRILLA

(D. MANUEL)

POR

D. E. M. R.

MADRID

Imprenta de F. G. Perez

Ballesta 9

1885

ESPAÑOLES:

Entre los hombres políticos hay uno que está hoy llamando la atención, no sólo de nuestra patria, sino de toda Europa.

Don Manuel Ruíz Zorrilla será nombrado por las generaciones venideras, pues su vida figurará en la historia; pero siendo por muchos de vosotros desconocida aquélla y comprendiendo anhelareis saberla, he creído oportuno en las presentes circunstancias publicar estos apuntes que para satisfacer vuestra natural curiosidad os dedico. Leedlos detenidamente, con gran reflexión, con mucha calma; y después, vosotros mismos, formando opinión desapasionada y por lo tanto siempre respetable y muy atendible, le juzgareis como se merece.

EL AUTOR.

de haberse enterado con mucho detenimiento de mi incorrecto trabajo. Este reduce únicamente á retratar lo mejor posible á don Manuel Ruiz Zorrilla. Sí; voy á escribir, *atendiendo á la elocuencia de los textos y para mayor abundamiento* PROCURARÉ BASARME EN JUSTIFICANTES *que estén á vista de todos*, algunas verdades, con el exclusivo objeto de desenmascarar á ese ciudadano elevado á la cúspide, no verdaderamente por sus méritos ni su sabiduría, sino por su excepcionalísimo *sans façon*, por su singular é inconcebible audacia, por su desmesurada ambición.

Mas antes de entrar en materia créome en el deber de manifestar, primero: que no soy blanco ni negro (algo pardo por el lomo, según me clasifican algunos), es decir, que no tengo filiación alguna política—de lo que os penetrareis íntimamente cuando hayais terminado la lectura de estas bien toscas é incoherentes líneas—ni compromisos con partido ni personaje ninguno (pues ahora puedo con mucha razón decir claro y muy alto lo del otro: «no debo nada á *naide* ni de *denguno* espero nada»); segundo: que como la verdad se abre paso por todas partes y deslumbra ante el error, es inútil emplear, como á falta de razón algunos abogados, frases rebuscadas, todo lo contrario: usaré términos muy sencillos, hasta vulgares, para que se penetren bien todos y en particular me comprendan aquéllos á quienes muy especialmente y en su obsequio me dirijo, á los obreros; esos honrados hijos del trabajo, quienes, imposibilitados por falta de tiempo para el estudio ó á falta de antecedentes, son más fáciles de dejarse llevar de impresiones del momento que el más ignorante de cuantos leen diariamente la prensa, ó siguen paso á paso la marcha de nuestros contemporáneos políticos; y tercero: que al emprender esta tan árdua tarea obedezco al incesante grito de mi conciencia. Sí; ésta, sólo ésta, y nadie más que ésta, me ha venido instigando por espacio de seis años y muy horriblemente de veinte meses acá, para que, sacando á algu-

nos del letargo, evitase días de luto á muchas familias é innumerables males á nuestra patria. ¡Cuántos infelices estarán hoy gimiendo bajo el peso de las faltas hijas de su credulidad! Pues á que os penetreis íntimamente de las ideas que caracterizan, del pensamiento que anima á ese hombre que se envanece con el título de «jefe de los revolucionarios españoles,» á que le juzgueis vosotros mismos por sus actos si no lo hubiereis hecho antes *como él quería* Y EN ELLO TUVO GRAN EMPEÑO; á que, en fin, no se reproduzcan sangrientas escenas y ahora, más reflexivos, sepais á qué atenderos, tiende este librito. Todo ello me ha impulsado, después de tanto tiempo, á publicarlo, no odio ni resentimiento alguno con el proscrito; tan es así que mi corazón se halla sumido en este instante en el dolor más profundo y dudo si el sentimiento que, después de haber sostenido una lucha desesperada conmigo mismo, me embarga al tomar la pluma, me permitirá coordinar las ideas: podeis creerme, me encuentro sumamente apenado, por cuanto muy lejos de serme Ruiz Zorrilla una persona indiferente la he querido con pasión ¿por qué negarlo? hasta con delirio; pues como desde muy pequeño he cultivado su íntimo trato, conozco bien á fondo su carácter tan franco, y ese mismo exceso de cariño profesado por mí desde la infancia me ha impelido á manifestarle algunas veces lo peligrosísimo que es el derrotero ¡á ciegas é inconscientemente por él trazado, aun cuando él, desatendiéndome, obró siempre, no según su capricho, sino sujetándose á la voluntad de un cualquiera de los muchos que con fines particulares, aunque nada patrióticos, á cada instante se le acercaban.

Así, pues, pasando por alto los lunares de que privadamente adolece (para que no se me tache de indiscreto como á él cuando con su habitual debilidad reveló las confidencias íntimas con Moret) y recordando que un periódico al publicar los defectos del clero alardea de moralizar á tan elevada clase, y cada

vez está más satisfecho de los ópimos frutos que recoge, nada mejor que imitarle exponiendo á vuestra consideración, cariñosos lectores, algunos de aquéllos que le caracterizan en su vida pública, muy dignos de tenerse en cuenta siempre, y ahora mucho más que nunca, por cuanto olvidado de sus tamaños errores, y considerándose exento de culpa, quiere desempeñar el gran papel de Mesías, aparentando ser únicamente el nuevo Salvador.

Don Manuel Ruiz Zorrilla, entre varios privilegios, reúne el especialísimo con que la Providencia favorece á muy raras personas: aparentar precisamente todo lo contrario de lo que es: hacer lo blanco negro y vice-versa. ¿Quién á juzgar por sus baladronadas duda de sus ideas? ¿quién que en su biografía haya leído «que siempre tuvo gran ódio á la gente de Iglesia» no le considera un sucesor de Riego? Todos con seguridad le tendrán por un liberal á toda prueba, por un mártir de la democracia; pero ¡oh decepcion horrosa! no demócrata, ni liberal siquiera ha sido nunca, no lo es hoy tampoco ni es posible que en toda su vida llegue á serlo jamás. Veamos cómo empezó su carrera política.

I

Desde muy jóven—que dicho sea de paso era travieso é indómito—abrigando altas, elevadísimas aspiraciones, soñaba con que muy pronto había de ser diputado y á los pocos años ministro. Tan arraigada tenía esta idea que imitando á los candidatos de hoy y no sin causar incesantemente la hilaridad de sus amigos por tan fantásticas predicciones, *repartía* entre éstos destinos á granel, hasta mitras, reservando la secretaría particular para su predilecto Mateo Dominguez.

En su constante afán de elevarse rapidísi-

mamente al pináculo; en su empeño decidido é irrevocable propósito de realizar á toda costa su vehemente deseo, todavía no llegado á la mayor edad, cediendo á impulsos de una idea en su hueca mollera concebida, y contando desde luégo con la valiosa influencia é interés marcadísimo del obispo de su pueblo, preséntase candidato para diputado á Córtes; y, como era de esperar, salió elegido. ¿A quién debe principalmente su tan honroso como prematuro é inmerecido triunfo? al clero: sí; por cuanto los curas, ejerciendo cerca de sus feligreses toda su autoridad moral (entonces muy respetada), acataron sumisos las órdenes del superior jerárquico, cuyo gozo al saber el brillante éxito de su más asiduo contertulio debió ser indescriptible, toda vez que sin duda por disposición suya echaron á vuelo todas las campanas, incluso las de la catedral, que resonaban con más fuerza que si hubiera triunfado Carlos VII.

Ya diputado D. Manuel proporcionó á sus convecinos un día de expansión con una gran corrida de toros con bonitas divisas que reflejaban todo el programa del nuevo representante del Burgo de Osma, pues se leían las siguientes inscripciones: «con el pueblo, por el pueblo, y para el pueblo.»

Vino á Madrid (1858), y ocupó su puesto en el Congreso como secretario cuarto de las Cortes presididas por Ceruti, afiliándose equivocadamente sin duda al partido liberal. Digo equivocadamente, porque cuando algún deudo suyo traía un hijo para ingresarle en cualquier ó determinado colegio hacíale desistir de su empeño ó retirar todo compromiso anteriormente contraído, recomendándole con gran encarecimiento, con un interés marcadísimo las Escuelas Pías de la calle de Hortaleza «porque los frailes (*éestas eran sus palabras*) son unos benditos, allí no bajará de

haber ciento ochenta y en él se educan los hijos de todos los títulos, pues con ellos no hay duda se aprende *mucho y bueno.*»

No sé yo ese empeño de D. Manuel ni en qué fundara esto último; debía estar errado, pues aún cuando es cierto que hubo año en que el número de alumnos excedía al de alcobas, tanto que algunos dormían en el cuarto de los directores ó fuera de éstas en la sala primera y segunda, puede afirmarse también que ni los que importunan de continuo al portero para que franquee la entrada á los portadores de elevados ramilletes ó cajones monumentales; ni los que causan el ennegrecimiento del techo de las celdas con la aromática humareda de los formidables trabucos; ni los que interrumpen el rezo incesante de las Recogidas (1) ó el reposado y tranquilo sueño de los calasancios antonianos con el balido lastimero de los tiernos corderillos; ni los que atormentan al vecindario pacífico de la calle de Hortaleza con el estrepitoso cacareo de tantos bien cebados pavos como sin cesar un instante afluyen á San Antón en la última semana de Diciembre; ni los muchos colegiales, en fin, que *ainda mais* de otras muchísimas cosas, sobre su crecida pensión, se deshacen en obsequios al convento que, según afirmación del presbítero señor Miralta en un periódico, tanto atesora, podían salir con lucimiento aún reuniendo á su inteligencia nada común, hasta privilegiada, una gran disposición. ¿Cómo tal? Pues la razón es sencillísima, déjase caer de su peso; porque así como en todos los colegios ha habido siempre profesores que se han dedicado á una sola materia *y hasta en la misma Escuela Pía de San Fernando* para más provecho de los alumnos cada Padre enseñaba la suya, en San Antón sucedía al revés. Los cinco directores (tantos como cursos) explicaban indistintamente todas las asignaturas de lenguas—menos francés—letras y ciencias: más

(1) Religiosas cuyo convento está situado en la calle de Hortaleza, frente á la Escuela Pía.

claro; un niño, desde que empezase á cursar latín hasta la terminación de la filosofía, sólo tenía que habérselas con un mismo catedrático; agregando á este sistema de enseñanza empleado, el no haber sufrido ni examen de Bachillerato y carecer de conocimientos profundos los profesores, no se justifica la fama ni la exhibición en la sala de visitas del «Cuadro de honor.» Eso, respecto á filosofía, tocante á... lo demás nada diré; antes al contrario, lo aprenden en tan poco tiempo que hasta los más torpes son ya antes de quince días jóvenes muy adelantados.

El resultado fué que, gracias á Zorrilla contra viento y marea hubo año (1859) en que se juntaron ocho sobrinos en el mismo colegio,—entiéndase bien *jochó!*—y ¿quién no se pasma? hasta un hermano de D. Manuel, cuya tutela estaba á éste confiada, educóse también con todos ellos en San Antón.

No contento nuestro héroe con verse hecho diputado, constantemente se preguntaba: «¿Cuándo seré ministro?» A cada momento, en todas sus conversaciones, yo creo que hasta soñando (si es que atormentado con tal idea pudo alguna vez conciliar el sueño) se hacía incesantemente esa pregunta. A cuantos le oíamos nos recordaba á los niños, á esos chiquillos mal criados que habiendo visto un juguete importunan á su mamá de día y de noche sin cesar un solo instante hasta conseguirlo.

Y ¿por qué su deseo de llegar tan alto? El puesto de ministro por él tan ambicionado y que tenía la seguridad de conseguir *antes de los diez años de su elección de diputado* ¿para qué lo ansiaba? ¿Iba á introducir grandes, trascendentales reformas? ¿Acáso era su ánimo mandar degollar curas y monjas ó, de conformidad con sus periódicos de ahora, derruir todas las catedrales, conventos y demás edificios destinados al culto? ¡Que disparate! ¡¡Cuánto hubiera gozado *El Motín!* Nunca. Todo su empeño de ser ministro era ¿para qué creerán mis lectores? Pues no más

que «para hacer obispo (*frases textuales*) y sacar de la prisión al primo (*á éste, que es un escolapio, le llamaremos H, siquiera por que su ciencia puede igualarse al valor de esta letra*), al pobre H.» Sin duda, como amigo íntimo del ya difunto Sr. Horcos, consideró más regalada é indudablemente preferible la vida episcopal á la frailuna.

Con un metal de voz muy agradable (!), con un timbre tan sonoro como el de un carracón descompuesto y con formas sumamente distinguidas para todos cuantos no hubieran visto ni oído los fuertes é incesantes golpes descargados sobre el inofensivo pupitre pronunció muchísimos discursos que si bien por su falta de corrección herían hasta las fibras más duras de la lengua castellana, en cambio no pecaban de cultos ni lacónicos; pero con tanto gritar no llegó á conseguir destino ninguno ni más popularidad que la muy notoria aunque de triste memoria por cierto alcanzada al desempeñar en 1864 un cargo de mucha confianza é importantísimo en cierta sociedad de crédito que estuvo situada en el café Suizo y posteriormente en el bajo izquierda de la casa de Manzanedo (Príncipe 40) con mucho aparato; pues D. Manuel ejerció nada menos que el cargo de Director-gerente en aquél tan pomposo «Banco de Propietarios» en cuyos grandes cartelones y en letras muy gordas, distintas á las de los demás nombres, figuraba el suyo, otro Zorrilla y un tal Carlos Diego Madrazo; quien á juzgar por esos dos apellidos, debe ser hermano carnal de doña Jesusa la nodriza de Palacio.

Apesar de todo, nuestro ciudadano, tuvo que marchar al Extranjero en 1865 mustio y cabizbajo (por supuesto ya tronado el Banco) no sin lamentarse amargamente de que se fueran frustrando sus esperanzas, por cuanto ya corría el sétimo año de su nombramiento de diputado y además de sus indisputables méritos (?) había mostrado suficiente, sobradísima aptitud para desempeñar la cartera de Hacienda: pero se fué muy resignado, porque tenía una gran confianza, abrigaba la se-

guridad más completa de que si acertó, saliéndole exacta la cuenta cuando desde muy niño pronosticaba su elevación á las Cortes antes de los veinticinco años, con mucha más razón é indudablemente se realizaría un vaticinio formado en edad madura y con sólidos fundamentos; es decir, que antes de 1869 (los diez años prefijados) había de ser ministro.

II

Triunfó la Revolución (1868).

Sus héroes vienen á Madrid y se formó un «Gobierno provisional» compuesto de los monárquicos que más se habían distinguido en uno ú otro prisma, excepción hecha de mi biografiado á quien de golpe y porrazo, no sin gran estupefacción de todos cuantos le habíamos conocido, tenemos hecho todo un excelentísimo señor ministro.

De un hombre que, como saben todos los librereros, jamás ha escrito obra alguna, sin historia política, preferido á Carlos Rubio é infinitos patriotas de elevada talla, grandes méritos é indisputables condiciones; de un hombre, en fin, que aparte de sus amigos y algunos imponentes del *Banco*, era para la generalidad de los españoles completamente desconocido ¿qué juicio podían aventurar? Unos llegaron á figurarse que sería un diamante escondido; otros hasta el extremo de considerarle como un gran hombre de Estado; todos, en fin, como hechizados (ésta es la verdad) le nombraban con gozo y hasta la prensa, prometiéndosela sin duda de él muy feliz, parece le miraba con predilección. Tanto es así, que hubo periódico, *La Democracia Republicana*, que entre infinitos calificativos rimbombantes á granel prodigados aplicábale los de «único héroe revolucionario,» «mártir de la libertad,» «eminente patriocio é ilustre repúblico.»

Casi no extraña que todos formaran tan buen juicio, por cuanto á nosotros mismos nos lo hizo modificar, pues creímos se habría obrado en él alguna metamórfosis; pero... ¡lamentable error! pues muy pronto hubo ocasión de convencernos de que la encina no puede dar peras, y, por consiguiente, nuestro amigo Manuel, arraigado en sus antiguas creencias é innatas inclinaciones, sería siempre guardador fidelísimo de las piadosas costumbres legadas por sus tan cariñosos y honradísimos padres.

En efecto: los muy pocos íntimos que *no sin gran trabajo y á fuerza de mil argucias*, (pues era materialmente imposible el acceso á la morada del joven ministro) conseguimos penetrar en su casa, nos encontramos con que abrió la puerta un al parecer mandadero de monjas capuchinas ó lego de convento, quien nos pasó al comedor; siendo lo más digno de admirar que en esta habitación nos encontramos sentados á la mesa y vimos algunos días después como hospedado en su casa y á juzgar por varias razones casi con más fueros que el mismo dueño, un curita, ó mejor dicho un curaza, pues era alto en grado superlativo y muy negro; el cual, á más de tutearle, trataba con ilimitadísima y hasta por algunos mal interpretada confianza á D. Manuel, quien considerándole mucho, siempre sumiso é inconcebiblemente respetuoso le confirió al momento una pingüe canongía hasta que vacara alguna dignidad, la cual obtuvo sin tardar y aún continúa cobrando tranquila y pacíficamente. (1)

También hubimos de observar con gran sorpresa que á pesar de ser masón (D. Manuel, no el cura, al menos que nosotros sepamos, aún cuando nada habría que fiar), comía de vigilia los primeros viernes de cuaresma; y por cierto que le servía la mesa un

(1) Pues no es de suponer que esté conspirando, ni tampoco al lado del proscrito compartiendo las penalidades como tributo de íntimo cariño.

joven afeitado á lo abate, pero muy simpático, á quien el ministro costeó la carrera eclesiástica; el cual vióse precisado á salir de la casa en que había servido tantos años para posesionarse de una modestísima canongía recientemente conferida, sin que las nuevas obligaciones de tan digno, celosísimo é intachable prebendado le impidan prestar asiduamente sus buenos servicios á su antiguo amo, quien, penetradísimo de lo mucho que vale aquél, le confió después y aun hoy mismo desde el Extranjero las misiones más delicadas y es el mismo á que se refería un diario ministerial (éste decía J. U. pero es N. U.) en 21 de Octubre último.

Tampoco se hizo esperar mucho tiempo el nombramiento de Obispo ofrecido años antes á su primo, á quien, aun cuando no heredero de Salomón, lo obtuvo nada menos que para el mejor punto de América.

Por lo que se ve, aparte de la libertad de enseñanza, que fué muy aplaudida, no ha dado nuestro héroe muestras de su amor á la libertad.

Entró á desempeñar la cartera de Gracia y Justicia, donde hubo de respetarlo todo; y después de tantas alharacas ni aun propuso siquiera la supresión de una sola catedral. Sin embargo, haciendo alarde de gran revolucionario y para patentizar su consecuencia (!) y acallar el clamoreo unánime de sus admiradores, publicó el decreto sobre *matrimonio civil*; pero al ver cuan liberalmente interpretado era en algunos puntos, dolíase tanto de su obra como Dios de haber criado al hombre. Contándole en su casa los efectuados en Réus oíalo con gran sentimiento; compungiéndose y visiblemente conmovido contestaba: «eso no es más ni menos que un concubinato; yo jamás daría una hija *sin obtener* ANTES Ó AL MOMENTO PERO EN EL MISMO DIA *la bendición de la Iglesia.*» Y prosiguió. «¡No llegué nunca á figurarme ni hubiera creído jamás que hubiese padres tan faltos de ideas religiosas, *tan desnaturaliza-*

dos.» Ved qué manera de recriminar á honradísimos padres de familia que, como buenos ciudadanos, se sujetaron estrictamente á la ley. ¿Qué hubiera dicho, pues, de quien no acatará sumiso el decreto por él con tanto bombo publicado? Por ahí ya se le puede ir juzgando.

Al fin se cumplieron *ad pedem literæ* sus vaticinios; pero faltábale á D. Manuel mucho, muchísimo todavía para estar satisfecho, pues creíase el indispensable para ocupar muy en breve la altura suprema en su país. En efecto: al poco tiempo y áun siendo teniente se elevó á la presidencia de las Cortes constituyentes.

Consummatum est.

Ya tenemos á D. Manuel Ruiz Zorrilla, sacado de la nada por obra y gracia del héroe de Alcolea, en el puesto más alto de una nación.

¿Cómo obró en él? Véanse los números de *El Diario de Sesiones*; su lectura me releva de decir una sola palabra aquí: únicamente debo consignar para conocimiento de aquellos partidarios cuyas rudas faenas é incesante trabajo le impiden hojear la empolvada colección de la Biblioteca nacional que este hombre, que hoy pretende dar lecciones de liberalismo y república á todos y hasta se abroga el título de «mártir de la democracia,» éste se complacía en negar la palabra ó ahogar la voz á los liberales de abolengo, á los demócratas antiguos, á esos hombres grandes é infatigables emuladores de Riego, á esos propagandistas incesantes de la democracia que cuando Ruiz Zorrilla vino al mundo habían ya encanecido, por su constante amor al progreso, en el servicio de la libertad. ¡Si sería él liberal!

Tan hinchado de orgullo estaba por «haber traído un Rey» y que éste se humillara y jurase ante él como abatido, cuando vióse

obligado á dejar la poltrona y descendió á ser nada más (*¡como quien no dice nada!*) Presidente del Consejo de ministros. Si tuvo apego á esta silla y se montaría en cólera, dominado por su egoísmo, al abandonarle ó mejor dicho al relevarle Sagasta, vosotros lo concebiréis cuando os diga que fatigando notablemente su imaginación para discurrir el medio de derribar á éste al momento, le ocurre—¡oh pensamiento feliz!—é *incontinenti* lleva á la práctica la idea de unirse á todos los demás partidos de oposición, aun con sus encarnizados enemigos, hasta con los mismísimos republicanos. Con tan valiosos elementos preséntase candidato de su partido; mas á pesar del gran entusiasmo é interés sumo con que éstos fueron apoyados por tan heterogénea como monstruosa coalición, venció el Gobierno, y ya D. Manuel *pierde la fe* y se marcha á su dehesa.

¡Ah! Si olvidándose por un instante siquiera de las cosas mundanas y vanidades políticas en aquel aislado rincón, hubiera leído con un poco detenimiento cierto cariñoso é interesantísimo autógrafo por un individuo de su familia muy oportunamente dirigido, (*¿pero qué? sólo con estimar los consejos de su tan experta como virtuosa compañera*); entonces, obrando como persona de sentido común habríase aprovechado de las no pocas acertadas y atinadisimas reflexiones en él contenidas; en una palabra, toda vez que, *de momio y sin sudarlo*, había llegado adonde se propuso y que nadie hasta verlo hubiéralo creído, se hubiese retirado para siempre de la política, y hoy estaría disfrutando con la mayor tranquilidad de esos goces tan puros que únicamente se encuentran en el seno de la familia y de la consideración (bien ó mal adquirida) de sus conciudadanos; así como también, y más aún que todo, tendría menos remordimientos de conciencia, de los que nunca se verá libre aun cuando él, considerándose el único sin mancha é integérrimo, quiere aparentar tranquilidad de espíritu, satisfacción completa de sus actos. Sí:

aquella no puede menos de atormentarle sin cesar, pero de una manera horrible, no por el mucho bien que, pudiendo, dejó de hacer, sino por los males sin cuento que con su política tan funesta causó en nuestro país.

Pero... ¡vayan con razones al antiguo jefe de pelea! El no atiende nunca á quien trata de guiarle por buen derrotero: todo el que, impelido por un puro afecto, le muestre cualquier peligro é intente cariñosa y desinteresadamente desviarle con buenos consejos, ése es su mayor enemigo; pues á él, que como hemos visto, se fía—hasta revelar sus pensamientos más recónditos—y confía de un cualquiera, le gusta que, aplaudiendo sin reservas todos sus actos, regalen incesantemente su oído; en una palabra, el corazón de D. Manuel se ensancha, es indescriptible el gozo que experimenta cuando su casa se ve atestada de (según él) «muy buenos amigos,» cuya mayoría era de ese crecido número de ambiciosos, bastantes conocidos, que adquiriendo fama, nombre é intereses á su sombra, sólo le visitaron cuando estaba en el poder con el único y exclusivo objeto de adularle (1).

Mucho, muchísimo pudo aprender, bien pudo desengañarse el solitario de Tablada cuando en aquel rincón permanecía... olvidado hasta de sus «más fieles amigos.» ¿Por qué aquellos altos jefes de Gobernación y otros muchos por él encumbrados llegaron al extremo de abandonarle ¡qué digo! denigrarle en la desgracia? Muy sencillo: porque conociendo bien el flaco del jefe de los radicales, estaban plenísimamente convencidos (¡ya lo creo que podían estarlo!) tenían la se-

(1) Por eso se explica la causa de habitar siempre casa grande, como lo era la número 3 de la calle de San Marcos, con extensa fachada á la de Pelayo, que tiene dieciocho balcones, y pareciéndole sin duda pequeña, á pesar de que Zorrilla no tiene hijos ni en su compañía más familia que su esposa, se trasladara al semi palacio de la calle de San Martín, al número 8, que daba vuelta (todo lo que es hoy Monte de Piedad) hasta el final de la plaza de las Descalzas.

guridad más completa de que en cuanto volviera á ocupar el sillón presidencial obtendrían nuevamente sus favores, como así, fué en efecto (1).

El Rey D. Amadeo confía nuevamente el poder á los radicales.

Una comisión del partido marcha en busca de su jefe para que regrese inmediatamente á colocarse en el puesto de derecho, á la cabeza del Gobierno. ¡Qué pamemas hizo entonces D. Manuel! ¡¡Cuánto se hizo de rogar!! Pues ¿y qué debo decir de aquel desmayo...? Ni una palabra: así imitaré á un sapientísimo é imparcial escritor que comentando en su obra aquellos célebres tiros disparados en la calle de San Roque á Ruiz Zorrilla (según contaban y que fué único objeto entonces de hablillas é infinitos comentarios por la *originalidad* de circunstancias), decía: «eso... pasémoslo en silencio, pertenece á la historia.» Inútil es decir que después de repetidísimas súplicas se consiguió, al fin, de él el *gran sacrificio* de que viniera á encargarse de la Presidencia del Consejo.

¡Y qué no gozaba cuando, *recobrada la fe*, hizo su entrada triunfal en la corte! ¡Cómo se recreaba en leer los rimbombantes elogios que el Sr. Gasset, como buen compañero de ministerio, le prodigaba en *El Imparcial*.

Todos creíamos que para desfacer entuer-
tos adoptaría un plan muy distinto, así como también que la experiencia y recientes desengaños obligaríanle á retirar su amistad y no atender siquiera á sus antiguos camaradas. Nada de esto: unos se le acercaban con cuentos referentes á Juan ó Pedro; otros le decían «¡oh! D. Manuel, ¡qué efecto tan lisonjero, qué grata impresión ha causado el brillantísimo discurso que pronunció V. ayer en el

(1) A Ruiz Zorrilla le sucede precisamente lo contrario que á Sagasta; pues á éste, cuando está caído, sonle muy adictos é incondicionalmente respetuosos sus amigos, quienes, como hemos visto, se separan de él en momento de su elevación. ¡Qué diferencia!

»Conservatorio!» Hasta no faltaba alguno de esos que echándose la de pariente y tratándole con gran confianza se permitía ciertas chanzonetas como éstas: «tienes gran sastré, pues con esta levita no se conoce que eres cargado de espaldas, te lo ha sacado muy bien;» «has tenido gran elección para el aparato acústico, pues está tan bien colocado que no se te advierte,» y otras por este estilo: resultado fué que todos, como estaba ya previsto, *sacaron buena raja.*

Respecto á reformas ¿qué hizo? Todos saben lo muchísimo que en muy variados tonos había antes ofrecido; los electores del Congreso recordarán también que como candidato, *pero siendo ya Ministro*, en una gran plática les prometió entre otras mil cosas «la abolición de las quintas y matrículas de mar,» y terminó manifestando que la nación estaba cansada de programas y ofertas que jamás ve realizadas y á él *le sobraba aliento para realizarlo todo* Y ESPERABA QUE SE LE JUZGASE POR SUS ACTOS.»

Y después de tanto ruido, vuelvo á preguntar ¿qué hizo? Abrid la prensa toda de aquella época; visitad la Biblioteca Nacional, donde están coleccionados todos los periódicos; allí tenéis en letras de molde y podéis ver las grandes mejoras introducidas por nuestro apóstol; pero no, no os canséis porque es inútil y os contristaríais al ver las muchas torpezas en la prensa consignadas y que por su extensión pudieran formar, no un tomo voluminoso, ni dos, sino tantos como de que consta el Diccionario geográfico publicado por Madoz.

Sacó las quintas, y ¡si fuera eso sólo! pero lo más gordo é increíble en D. Manuel es —¡horror me da pensarlo!— que tuvo alma de permitir que por primera vez desde la Revolución se alzase el tablado para el infortunado Soler. Aún recuerdo con tristeza ocurrieron circunstancias en los últimos momentos (pues sin duda para enmendar alguna falta en la construcción del patíbulo levantaron

del banquillo al reo y lo separaron algunos pasos) que hicieron creer á la muchedumbre se había, por fin, obtenido el perdón, motivo en que éste fundaba sus estrepitosos aplausos, no porque aprobara la fatal determinación del Gobierno, como lo llegó á entender su entonces jefe y hoy aspirante á Presidente nato é indiscutible de la República española.

Tantos desmanes é informalidades cometidas por el que, según sus palabras, venía á regenerar á España, produjeron ya muy mala atmósfera en nuestra sufrida nación para D. Manuel; y, como es consiguiente, todo esto apresuró el regreso á Italia de aquel virtuoso príncipe y muy caballero, digno de la consideración respetuosa que supo captarse, no sólo por la entereza é inflexibilidad de su carácter y aquella tan reconocida generosidad unánimemente elogiada hasta por sus encarnizados adversarios, sino por los nunca olvidados favores que indistinta é incesantemente prodigara durante el tiempo que, aun á despecho de aquellos mismos que para imponérselo á *fortiori* le sacaron á viva fuerza de su casa, ocupó el trono de San Fernando.

III

Aun cuando ya llevo expuesto bastante, como todavía no he tocado al asunto principal é interesantísimo, al único que me he propuesto, dicho está que... no he dicho nada. Así, pues, yo espero, queridos lectores, me dispenséis vuestra benevolencia; prestádmela, sí; ó más propiamente hablando, perdonadme que como escritor novel (!) me haya anticipado, por confiar en vuestra innata amabilidad, al otorgamiento de aquélla.

Dije al principio que al emprender mi trabajo obedecía á impulsos de mi conciencia; nada más cierto. Al observar el cáriz que

presentaba determinado partido, al ver el fanatismo de algunos ilusos miserablemente engañados, tan ridículo é incomprensible como creciente hasta la exageración, con la lectura halagüeña de varios periódicos, aquella me venía aguijando de una manera despiadada; pero mucho más, *sin cesar un momento*, desde que he sabido la publicación de *El Zorrillista*, cuyo primer número, según me dijeron, publicando la biografía de su jefe, presentaba á los ojos de todo el mundo á Ruiz Zorrilla como un ser maravilloso, sobrehumano; en una palabra, como una deidad. Sin embargo, yo resistiéndome á creerlo, no lo he querido leer; es más: hasta he luchado titánicamente con todas mis fuerzas para hacerme superior á la triste impresión que todo eso me causara; pero...—¡confieso mi debilidad!—no he podido contenerla cuando, sin duda para instarme ó para hacerme sufrir me han regalado para que lo lea y comente el extraordinario del citado periódico semanal que salió el día de año nuevo. De su contenido nada diré; sólo sí que me ha admirado un artículo cuya firma parece ser la de un presbítero ex-diputado radical que, contestando en el Congreso no sé á quién, elogió calurosísimamente á los jesuitas, pero creo no sea, por cuanto hoy vierte otras ideas, y además este sacerdote es licenciado, tiene gran colegio y no iba á escribir *provos* y *diatribas* como se lee en su trabajo literario. ¡Estaría bueno que un catedrático y licenciado por añadidura cometiera faltas gramaticales de tan grueso calibre!

Pues ya que por el precedente bosquejo es de todos vosotros *algo conocido* el hoy emigrado, cumple á mi deber (¡nada más natural!) manifestaros con vivos colores, no sólo los sentimientos sino hasta las ideas que de algún tiempo acá bullen sin cesar en la imaginación de ese impenitente político. Las evidenciaré, sí, con el único objeto de desengañar á unos, convencer á otros y desilusionar, en fin, á todos, antes de que, víctimas de su buena fe, puedan caer en alguna de

las muchas redes hábil, ingeniosa é incesantemente preparadas por aquél (ni aun emulador del capitán Araña) que sin correr ningún peligro, muy resguardado en la frontera no se conduce sino ve hasta con gusto las funestimas consecuencias que acarrear sus repetidísimos soflamas.

Desterrado en Febrero de 1875, marchó á París; de allí trasladóse á Ginebra, desde donde á los tres años de su salida de España, no para condolerse—¡eso nunca, pues aun cuando lo conoce no se arrepiente ni se enmienda jamás—sino para adquirir celebridad, ocultar al país el mucho mal que causó, captarse las simpatías de todos los españoles y alcanzar renombre hasta en el Extranjero escribió un folleto. Su lectura sería muy amena y hasta produciría un efecto excelente entre sus amigotes ó partidarios, *porque sí*; pero á cuantos conocemos bien á tan ridículo como presuntuoso ciudadano nos inspiró lástima ¡qué digo! desprecio; pues ¿cómo, al ver ciertas cosas se pueden leer con calma algunos párrafos? Todos cuantos hayan tratado al autor y no ignoran varios detalles, con seguridad que, no pudiendo contener un momento más la indignación, arrojarían al instante el libro de su mano y no tardrían en calificar éste y á aquél como se merecen.

Después, y seguido como es natural de anuncios tan pomposos como extensos fueron siempre los preámbulos de cuantos decretos publicó el ministro más caracterizado de don Amadeo, funda un periódico de grandes pretensiones; instala sus oficinas con muy suntuosa é independiente entrada, aparatoso bombo y un lujo asiático en una gran casa situada en el primer tercio de la calle más céntrica de Madrid (cerca del café Suizo), y para remate de tanta fastuosidad pone de director nada menos que á un título (bien es verdad que sin pergaminos, pues le fué concedido por D. Manuel), y por cierto que con toda su grandeza, según publicó *El Globo*,

tuvo que doblar la rodilla ante el Rey D. Alfonso XII para asuntos de familia. Dije director, pero fué con impropiedad, pues era sólo una figura decorativa, por cuanto censurábanle *sotto voce* ó *inter illos* todos los redactores, quienes alegaban, hasta lamentando hondamente, la injusticia de que cobrase 36.000 reales (yo no lo creo) sin tomar nunca la pluma ni parecer por la Audiencia á recibir los palos impuestos al periódico, que siempre tocaba sufrir á otros no tan condecorados pero en cambio tampoco mejor retribuidos,

Por supuesto, queridos lectores, habéis de tener entendido, y vosotros leyéndolo podréis observar, que *El Porvenir* no recibe inspiraciones ¿qué digo? ni aun refleja nunca las ideas de su fundador, lo cual es discupable, por cuanto éste no es conocido siquiera de vista por ninguno de sus redactores.

En comprobación de mi aserto veamos:

Ahora ya no aboga por la coalición republicana ni se muestra indiferente, sino que opónese á ella; pero de una manera tan terrible, la combate con saña tal que hasta desprecia é insulta á cuantos de buena fe se le acercan desinteresadamente á prestarle su valiosísimo concurso. ¿*Cur tantum varie?* ¿Tan lejano está el día en que el jefe de los revolucionarios negaba «hasta el saludo» á los republicanos que no se coaligasen?...» le encargo que salude en mi nombre á los republicanos que aceptan la coalición...» Del telegrama, cuyas palabras son las precedentes, *expedido* HACE POCO MÁS DE UN AÑO en París por el mismo D. Manuel ¿qué se deduce; ó hablando en plata y fuera de rodeos, cuál fué el principal, el casi exclusivo objeto de su trasmisión?

¿Acaso el jefe de los revolucionarios no persiste hoy en su tenaz propósito? Y si ha mudado de opinión—que lo dudo y nadie que conozca su consecuencia política se atreverá á creerlo—¿cómo califica *El Porvenir* de orgulloso é imbécil á quien sostenga que una sola fracción republicana puede por sí hacer la revolución? ¿A quién mejor que á su jefe,

toda vez que según él inserta á diario no quiere ya alianzas, cuadra tal calificativo? No tardará mucho en reclamarla. Allá veremos.

Hace meses que pidiéndole *La Iberia* su opinión sobre haber ingresado en las huestes fusionistas un íntimo deudo de D. Manuel Ruiz Zorrilla, contéstale que «no conoce al Sr. Ruiz del Arbol.» ¡Cómo es eso! Pues qué, ¿no ha estado éste siempre muy unido al jefe de los radicales? ¿Acaso negará ni puede nunca olvidar el referido señor Ruiz los no pocos favores obtenidos de su pariente el emigrado? ¡Qué cosas se leen!

También recordaréis que en unas elecciones parciales para diputado á Cortes — que por cierto hicieron mucho ruido — presentóse candidato contra el ministerial un demócrata y por añadidura periodista; pero no de esos de tres al cuarto, sino director nada menos de un diario de gran circulación, ambos personas muy dignas; sin embargo, apoyó el partido al adicto al Gobierno, al sagastino.

Pues bien: ¿me podría asegurar *El Porvenir* que D. Manuel se interesara más por éste que por el demócrata? Verdad es que su talento y méritos nadie puede poner en duda, y que sin eso la circunstancia de estar arraigado y tener grandes simpatías en el partido le aseguraban la victoria, ¿pero no desearía indudablemente el proscrito que triunfara el más próximo á su ideal? Pues no obstante, el diario interesó vivamente á sus suscritores y amigos de la localidad para que á *todo trapo* apoyaran al más afecto al Gobierno, al candidato fusionista.

Y si nos remontamos á fecha más remota, yo preguntaría á todos y á cada uno de los lectores de *El Porvenir* si no observan los dislates que este periódico suelta á cada paso sin ton ni son. Recordarán haber leído hacia el verano del 82 un sueltecito en que censurando los castigos impuestos en un colegio de cierta clase decía: «Ya lo sabéis, padres de familia, entendedlo bien: si queréis que vuestros hijos salgan completamente lisiados, lle-

vadlos á los escolapios; no lo echéis esto en olvido.» ¡Con cuánto asombro é indignación leería estas líneas el Sr. Ruiz Zorrilla, puesto que á nadie más directamente que á él iba encaminada la flecha dirigida por su diario! Pero no para ahí; todavía hay más!

Si por no revelar pobreza de sentimientos y aun cuando uno sea sanguinario hasta la saciedad jamás debe mentar siquiera la soga en casa del ahorcado, ¿á qué fin viene publicar, ya en los artículos firmados por Vallejo ó Nackens, ya en los de fondo ú otros sueltos del periódico pero en variadísimos tonos, una, otra y cien veces (acaso sin fundamento) que Moret ha negociado con sociedades de crédito? ¿No está ahí bien claro y se manifiesta patentemente el deseo, con esos tiros tan á quemarropa disparados, de acibarar la existencia del proscrito evocando á su memoria recuerdos de triste celebridad?

En fin; leed cualquier número; á primera vista resalta que no es órgano de D. Manuel ó encubre hipócritamente los sentimientos de este ciudadano. Sí: ¿á quién no admira las continuas contradicciones é inconveniencias que —aun con grave perjuicio de su causa y hasta poniendo en ridículo á su jefe—inserta á cada paso? Y lo más raro, que quiere pasar todavía *El Porvenir* por un periódico serio, razonable y desapasionado.

Bien quisiera yo poder enumerar aquí algunos de los disparates más salientes que inserta el diario por el marqués dirigido, pues seguramente que su lectura excitaría vuestra hilaridad. ¡Órgano de Ruiz Zorrilla! ¿Quién cree tal cosa? ¿Acaso se les figura á cuantos así lo afirman que *dan la castaña*?

Farsa todo. ¿Lo dudáis? Pruebas al canto.

Contendiendo con *El Globo* (en Agosto de 1882) y paralelando al que llaman su jefe con el de los posibilistas, decía «.....Ruiz Zorrilla empieza su carrera afiliado al partido progresista y en él contribuyó á los progresos positivos y prácticos de 1854 á 1856..... Ruiz

»Zorrilla, satisfecho con haber volcado el trono de los Borbones....» En esto pudo á lo sumo contribuir *algo*; pero en cuanto á lo primero, ¿quién engañaría al inspirador del tan retumbante artículo *Ruiz Zorrilla y Castelar*? ¿No sabía ninguno de sus amigos ni se encontraba en la redacción tampoco ó entre el numerosísimo personal de todas las dependencias de *El Porvenir* quien, conociendo algo á Ruiz Zorrilla, advirtiera á aquél que en 1854 el jefe del partido progresista-democrático era un chico y todavía estudiante?

¶ Además, si bien es cierto que á la defunción de su padre (ocurrída, no el 54 como dicen los biógrafos de Ruiz Zorrilla, sino en 1855, á mediados de Agosto) se impuso con gusto al poco tiempo obligaciones de persona mayor, cuidóse muy poco, mejor dicho, nada absolutamente de política; y sí tan sólo de que funcionaran sin cesar el tinte y la fábrica de harinas que, asociándose á otro ú otros dos vecinos, montó á gran altura (1) en el pueblo de su naturaleza. Sepa ya, pues, téngalo presente para que en lo sucesivo *no haga más* PLANCHAS el periódico que quiere pasar por órgano de D. Manuel Ruiz Zorrilla, lo que absorbía en aquellos tiempos la atención del emigrado; á ello dirigía todas sus aspiraciones, en ello nada más cifraba sus esperanzas; en una palabra, acordándose del *Ubi est thesaurus tuus ibi est cor tuum*, toda la actividad, toda la inteligencia de aquel hombre consagrábase sola, única y exclusivamente á procurar el mejor éxito, el más rápido progreso, no de ideas políticas, de las industrias por él y bajo su dirección establecidas; así como tampoco descuidaba los negocios del comer-

(1) Solamente la fábrica valía medio millón, pues tenía piedras francesas de la Ferté, columnas de hierro y otros adinículos, como el tinte, de mucho precio. Recuerdo aún el mecanismo, que veréis descrito en mi obra; pues aún cuando no es importa saberlo, tampoco es interesante la «dehesa de Tablada» y os sirvió de recreo su lectura muy detallada en un periódico tan serio y formal como *La Ilustración Española y Americana* en Junio de 1872.

cio que bajo la denominación social «Zorrilla hermanos» tuvo también en Burgo de Osma con el siguiente á él D. Saturnino (1). Las noches, único tiempo sobrante, dedicábalas... (¿á que no sabe *El Porvenir*? Discurran *El Liberal* y *Las Dominicales* á ver si aciertan; pues ¿y *El Motín* lo creerá? se lo diré sin ambages) no á hacer propaganda democrática, sino—entiéndanlo todos, *La Broma* y *El Zorrillista*—á acompañar en palacio al obispo, hoy difunto, Sr. Horcos, con quien pasaba la vela jugando al tresillo; pero aun cuando esto decía el asiduo tertulio, yo me inclino á creer que discutiendo algún punto sobre materia religiosa ó el dogma de fe por entonces recientemente declarado de la Inmaculada Concepción.

¿Qué dirá á todo esto *El Porvenir*? ¿Cómo contestarán los periódicos de D. Manuel? A esa pregunta que os haréis vosotros, queridos lectores, sólo puedo decir que yo pienso insertar, *me cueste lo que quiera*, algún anuncio en los diarios zorrillistas; que según mi opinión *El Porvenir* deseará ver publicado el folleto; que, quedándose como extático, se apresurará á remitirlo á Londres, y mientras recibe instrucciones, como ignora tantos detalles, entretendrá con alguna fábula ó cuento á sus suscritores, quienes por momentos, al instante *desearán ver refutados UNO POR UNO todos los párrafos* de mi índice ó prólogo del libro que tengo en cartera, y también les saque de una duda: si podrán decir á aquel «Ruiz,» á secas, y en caso contrario, ó siendo Ruiz Zorrilla un solo apellido, saber el materno.

Como no hay mal que por bien no venga, este librejo, que en sí no vale ni merece la pena de ocuparse siquiera de él, le viene co-

(1) Este siempre se apellidó «Zorrilla y Zorrilla.» Varios parientes del emigrado, también hermanos carnales entre sí, siempre firman: unos, «Ruiz Zorrilla, Ruiz del Arbol,» y otros «Zorrilla del Arbol.» Yo creo que hasta *El Porvenir* mismo ignora si el Ruiz debe ser inseparable de Zorrilla, como se ve en Canga Argüelles.

mo de molde á D. Manuel; le he prestado, sin querer, un excelente servicio, pues como no pierde ripio ya tiene motivos para atronarnos con otro..... soflama. Su contenido me proporcionará vasto campo para explayarme, es decir, materia para adicionar mi ya voluminosa obra, que muy repleta de justificantes pienso dar á luz cuando haya logrado ciertos datos, para cuya adquisición á toda costa me impongo en vuestro obsequio muy gustoso los mayores sacrificios, que no pienso escatimar, porque ni ahora ni luego me guía el interés material, la idea de lucro (1).

Muchas veces me pongo á discurrir y—¡si seré torpe!—por más vueltas que doy á mi imaginación no puedo nunca acertar (bien es verdad que otros más listos tampoco hasta hoy han sabido explicarme) en qué funda Ruiz Zorrilla ese orgullo, esa vanidad tan ciega y en qué sus adeptos la gran importancia, ese culto tan respetuoso que le rinden, rayando al ridículo extremo de ser considerado como el *único*, EL PRECISO, el ABSOLUTAMENTE INDISPENSABLE para regir los destinos de nuestra tan quebrantada como algún día floreciente nación.

Ni la consecuencia del muy veterano don Claudio; ni la táctica previsora del infatigable Cánovas; ni la experiencia de Alonso Martínez; ni la astucia del enérgico Sagasta; ni la elocuencia arrebatadora del elegante Morret; ni la exquisita habilidad del discreto Martos; ni la universalmente reconocida diplomacia del poético Castelar; ni la profunda modestia del científico Pí; ni los nada comunes conocimientos del historiador Salmerón; ni aun la tenacidad, en fin, del invariable Antonio Gálvez puede mostrar. Es más; ni siquie-

(1) Yo conseguiré acallar mi conciencia, pero nada más; la utilidad se la lleva un prestamista que, *bien garantizado*, me cobra sólo el 50 por 100 mensual y reintegrarle en Junio próximo. Sin embargo, le estoy agradecidísimo porque ha sido mucho más generoso que los imponentes de doña Baldomera, á la que exigían el 55 y otras primas.

ra una cualidad tan sola de las ínfimas que concurren en el menor de los políticos referidos; y para decirlo de una vez, ni la más insignificante de cuantas caracterizan á nuestros hombres de segunda talla ha manifestado ninguna de las varias veces que ha desempeñado distintos ministerios y menos aún—si cabe inferioridad—en la presidencia del Consejo. ¿A qué, pues, esa pasión, esa idolatría?

Considerándolo científicamente, tampoco tiene razón de ser. Recorred una por una todas las librerías, examinad con gran detenimiento sus catálogos, y no encontraréis el nombre de Ruiz Zorrilla: ¿pero qué? ni tampoco al pie de ninguno de tantos escritos como han publicado en la *Hoja Literaria* desde su fundación *El Imparcial* y otros diarios. Me diréis que éstos deben archivar (por cuanto no los publican) ciertos trabajos primorosa y concienzudísimamente redactados por personas, si bien desconocidas en la república de las letras, muy amantes del cultivo gramatical; todo eso y cuanto pudierais contestarme lo sé muy bien, pero tampoco debe ocultarse á vuestro fino criterio que la firma de D. Manuel Ruiz Zorrilla, aunque ininteligible por lo garrapata, siempre vale mucho, y hasta el periódico mejor acreditado se disputaría el honor de insertar un escrito, aun cuando fuese el más insignificante, al momento é indudablemente con preferencia á otros aunque fueran muy escogidos.

Ahí está *La Broma*. ¡Cuánto hubiese gozado, si en su extraordinario para las víctimas de Andalucía hubiera podido publicar—y habríalo insertado con letras muy gordas y en sitio preferente—el más pequeño pensamiento brotado de la cabeza del proscrito! Vemos, pues, que no ha figurado su nombre ni como publicista, ni como jurisconsulto, ni como filósofo, ni como literato, ni como una medianía siquiera en ninguno de los muchos ramos de la ciencia humana, y para complemento de

su desgracia ni aun como orador (1). Ved sus autógrafos y si, lo que es difícilísimo, acertais á leerlos—con lo que, dicho sea de paso, podríais servir de intérpretes á muchos individuos de su familia íntima que casi siempre se quedan en ayunas—al instante resaltarán á vuestra vista su extremada incorrección é innumerables faltas ortográficas. Que habrá estudiado mucho en su juventud, no lo niego; que hojeará á menudo las grandes obras de su bien surtida biblioteca, lo creo también (mucho más al verle con un libro en la mano retratado junto al café de Correos); pero que á pesar de todo tiene una redacción pésima, está evidente y es innegable.

Aun cuando sea inadmisibile y hasta cierto punto imperdonable en él, forzoso es—¡casi, y sin casi, causa vergüenza é inmenso dolor!—confesar su ignorancia. Esto, no oculto ciertamente aun á la persona más corta que haya leído íntegro y sin corregir a algún discurso de D. Manuel Ruiz Zorrilla ú oídole hablar, evidencia que todos los manifiestos, programas, circulares y folletos no son jamás redactadas por él sino por cualquiera, quizá el menos hábil de sus laboriosísimos é infatigables amanuenses (2). Si el jefe de los re-

(1) No basta lo diga yo. Apelo al juicio de toda la prensa, hasta la ministerial, á raíz de la Revolución. *El Imparcial*, amigo cordialísimo del entonces ministro de Fomento, hizo desapasionadamente la crítica (en fin de Febrero de 1869) de un discurso pronunciado por éste en el Congreso. No sería injusta la opinión del popular diario, ni debió incomodarse D. Manuel, por cuanto fué elevado el director de aquél á ministro, cuyo cargo desempeñó durante el último período del gabinete radical, y muy á gusto del entonces presidente del Consejo.

(2) Creo no voy muy descaminado en mis afirmaciones, pues un diario insertó en Octubre último, y después de cortarlo, me entregaron el siguiente suelto:

«Hemos oído afirmar que el cambio de conducta que ven estos últimos tiempos se advierte en el Sr. Ruiz Zorrilla, se debe en parte á la influencia que sobre él ejerce un eclesiástico que tiene un cargo oficial en una colegiata próxima á Madrid, y que desde hace algún tiempo se halla en Londres al lado del jefe reconocido de los revolucionarios españoles. Parece que dicho sacerdote está

volucionarios (ó cualquiera de los amígotos y deudos que á su sombra medraron) sufriese un examen de escritura al dictado y entregase en una imprenta para que se imprimiera textualmente y publicara un pequeño, el más insignificante autógrafo, valdríale mucho dinero, pues bien merecía la pena de hacer (y nadie escatimaba) áun el mayor sacrificio pecuniario por conocer el aborto de una imaginación tan fecunda (1).

Siento muchísimo, queridos lectores, la imposibilidad absoluta en que me veo de insertar aquí, como desearía para vuestro solaz algunos de los numerosos originales ó autógrafos que conservo cuidadosamente pa-

»unido con lazos de estrecha y antigua amistad al señor
»Ruiz Zorrilla y que es el autor de la última circular di-
»rigida á los comités progresistas democráticos, en la que
»se les aconseja que estén arma al brazo.

»Claro está que no se nos alcanza cómo sea posible esto,
»después de la publicación de la Encíclica *Cum multa*,
»y así creemos que sea infundado el rumor que ha llegado
»á nuestra noticia

»Claro está, además, que de ejercer tan grande influen-
»cia como se supone con el Sr Ruiz Zorrilla el eclesiástico
»aludido, la cumpliría seguramente en moderar la saña
»anti-católica de la mayoría de la prensa zorrillista de
»España.»

(1) Aun cuando he mandado al impresor que no varíe un ápice ni enmiende mis errores, sino que copie textualmente las cuartillas del original, ha sido por capricho, pues jamás puedo tenerme por instruído; antes al contrario, reconozco mi ignorancia. Sin embargo, me consuela ver lo que nunca hubiera creído; otros de tan poca talla aunque con más elementos burocráticos; y e confirmando en el Negociado primero de no sé que centro directivo de Gobernación un oficio á la superioridad dirigido en que decía: «...no me creo autorizado para disponer sin la venia de su autoridad, á autorizarlo para que desampare su posición presente para tomar posesion...» y seguía á las tres palabras: «podía causarle perjuicio la declaración en verificarlo posteriormente...» Hay que advertir que este documento no fué redactado por un aspirante cualquiera, sino que la escribió de su puño y letra un jefe de oficina, nada menos que de capital de provincia en tiempo de D. Manuel, como puede justificarse en el momento que el archivero se tomara la incomodidad de buscar las comunicaciones dirigidas á dicho negociado con fecha 21 de Julio de 1872.

ra publicarlos en otro libro; mas sí para muestra basta un botón, véase la clase: «Respondiendo á su invitación; le encargo *que* salude en *mi* nombre á los republicanos *que* aceptan la coalición *los que* pueden contar con *mi* incondicional adhesión.» Este telegrama no es forjado en mi mollera; salió de la gran cabeza de D. Manuel Ruiz Zorrilla; quien lo expidió desde París para que fuese leído en el *meeting* celebrado por sus partidarios en Diciembre de 1883; y, como es natural, desearía verlo publicado en toda la prensa é inserto también en los periódicos extranjeros para que resonara su nombre y se ocuparan de él en todo el orbe (1). Al oír leer ese telegrama los catedráticos allí presentes (áun cuando alguno de ellos suele en un mismo escrito sustituir repetidas veces la *b* con la *v*) dirían para su saco: «nuestro discípulo más burro lo hubiera redactado mejor.» Pues ¿y el del semanario bromista? ¿no reiría poco! (¡friolera!) Las repeticiones pueden pasar pero ¿y el sonsonete final en *ón*? Faltábale tan sólo y de seguro pasó por la mente de D. Manuel haber añadido la siguiente coleta; «léase *en* hostil acción y *en* severa entonación *en* la magna reunión que presida Salmerón. Pues ya saben mi intención que es causar la desazón hasta dar el revolcón á lo que huelga á Borbón. Soy tenaz en mi opinión y sufro por mi nación que dará á gusto un millón porque ocupe yo el sillón. Para pascua del turrón (2) he hecho la revolución; y al colarme de rondón con grande satisfacción me comeré un buen capón y... completé la función.» Inútil es decir, pues ya se deja ver claro en todos

(1) No me explico la causa y, conociendo su carácter, hasta me parece mentira que tarde tanto tiempo en publicar otro follama ¿Qué ingeniará ahora para hacer ruido? Pues indudablemente él no cesa de discurrir y cavilará algún modo de llamar la atención; y como su silencio no puede prolongarse, ocúrreseme preguntar: ¿cuándo y qué vendrá? ¿tendremos folleto, programa, manifiesto, ó qué será? ¡Cuántos deseos tengo de verlo! ¡Estará bueno!

(2) Sus correligionarios siempre están diciendo: «antes de quince días...» pero ¿cuándo cumplirán!

los discursos, cuanto le gustan á Ruiz Zorrilla las repeticiones pero sobremanera los finales en ON, que retumben mucho: esto último lo sabe muy bien la junta toda vez que le contestaron en los términos siguientes: «Leído su telegrama á la reunión entre estrepitosos aplausos, acuerda, por aclamación y unanimidad saludarle cariñosamente, reiterándole el sincero testimonio de su afecto y consideración más distinguida.» (1).

Ya os podeis haber convencido de la muy poca talla, ó mejor dicho, de la incapacidad absoluta de D. Manuel en todos los terrenos para gobernar y convendreis también conmigo de que su objeto al molestarnos con sus folletos—y es milagro que pasa tanto tiempo sin decir ó publicar nada—no es otro que saciar su orgullo y á más de excitar á compasión ver si cae algún otro infeliz de esos que miserablemente se dejan engañar al leer sus utopias. ¡Nunca faltan tontos!

Y á propósito: muchos darían hasta un ojo de la cara por saber que concepto se habrá

(1) ¿A qué obedecen las reuniones del partido en año nuevo? Yo pregunté el pasado y hasta ahora ningún zorrillista ha querido ó sabido decírmelo; quizás ignoren ellos mismos el objeto de la celebrada el día primero de 1884. ¿Es que los republicanos indefinidos (ó como se llamen) celebraban el segundo aniversario de la fundación de *El Porvenir*? Paréceme que no, por cuanto debido á la mala administración de éste ó á la indiferencia del público, hacía precisamente un año que había trasladado sus oficinas á una calle que por sus veinticinco pequeñas casas y latitud parece más bien un pasadizo. ¿Sería, según el brindis de un periodista satírico, en conmemoración del natalicio de Ruiz Zorrilla ó para celebrar su santo, como dijeron este año, cuando con pomposos anuncios á la cabeza de *El Porvenir* consintió y hasta se gozaba don Manuel, de que en vez de enviar recursos á Andalucía, se unieran á banquetear los zorrillistas, y para cuyos oradores pasó en silencio tanta desgracia? Tampoco; pues ni cumple años en Enero ni como presidente de la masonería iba á imitar la rancia costumbre de sus ascendentes reverenciando á un Santo que no hay en tal día. En fin, con el tiempo lo sabremos si nos lo quieren decir.

merecido nuestro ente político en el Extranjero, qué juicio habrán de él formado en los varios países por él recorridos los grandes hombres de Estado, esas lumbreras científicas y tantos eminentísimos varones cuando al conferenciar con ellos les haya manifestado «los cooperadores tan valiosos é infinitos medios con que cuenta para su completo é *inmediato* triunfo y los planes que tiene en cartera para *regenerar* á España.

Seguramente que habrá empleado mil medios inconcebiblemente artificiosos para manifestar que hablaba *ex corde* al decirles—y por cierto que los interlocutores se reirían *sotto voce* mientras le estuvieran oyendo—que «él tiene de su parte el pueblo, la marina, el ejército; en fin, que toda España está incondicionalmente á su lado para hacer la revolución.» Por último; estoy seguro, como si lo hubiera oído, que todas sus tan intencionadas como extensas, difusas é insustanciales arengas terminarían en estos ó muy parecidos términos: *Yo antes proclamé la conveniencia, la necesidad de una coalición de todos los republicanos; hicelo por bien de éstos, POR DARLES PARTE EN MI GLORIA, pues yo para nada absolutamente los necesitaba; á ninguno de ellos tengo que recurrir, me basto yo solo. Yo, YO SOLO soy suficiente y me sobro para dar el golpe, por eso no quiero inteligencia con Castelar ni con Pi. Estos me quieren catequizar—pues entre los dos no reúnen la décima parte que yo—para que les haga el caldo gordo; pero no lo consiguen. Cuando salga al campo alguna partida republicana sólo proclamará mi nombre, ningún otro: pues SIEMPRE TENGO GENTE DISPUESTA Á PELEAR Y SUBLEVARSE POR MI CAUSA; pero me faltan algunos recursos y sólo con un millón de pesetas haría la revolución; pero aunque tarde la haré. Ya verán luégo como no me voy á dejar mecer por camarillas intrigantes, todo lo contrario; voy á empezar cortando cabezas, antes que á los frailes, á los hombres políticos, á esos «republicanos de pega:» y luégo con la GACETA en una mano y el cuchillo en la otra*

continuaré mi «benéfica obra» hasta dejar purificada mi nación.

En España habrán producido buen efecto sus programas, pero algún día; hoy á lo sumo serán leídos hasta con gusto por todas las personas sencillas é ignorantes, ó más claro, gente del campo que careciendo de discernimiento é instrucción creen á pié juntillo cuanto ven en letras de molde y se dejan fácilmente conducir á cualquier parte; sí, nada más: pues toda persona de algún cálculo, desde el más alto al más bajo, dando á aquéllos su verdadero nombre, soflamas, las miran con prevención con desprecio, con asco; asco, desprecio y prevención que hace tiempo deben inspirar naturalmente todos cuantos, después de un largo *aprendizaje* en regiones apartadas, gran experiencia ó conocimiento profundo del corazón humano en las adversidades, hayan ocupado el poder más de una vez y muy lejos de cumplir reiteradísimas ofertas pomposamente publicadas, ni siquiera han iniciado la más pequeña reforma en ninguno de los varios ministerios que han ejercido.

Sin embargo, todavía creen los partidarios de D. Manuel Ruiz Zorrilla que éste, consecuente y agradecido, no ha de faltar á un solo punto de su programa ni mucho menos, al muy exacto é inmediato cumplimiento de infinitos compromisos é incondicionales ofertas (1); satisfaciendo, además, todas las exi-

(1) Si en el último tercio del siglo XIX hubiera personas que hiciesen milagros, yo sería el primero en decir que Ruiz Zorrilla es gran taumaturgo; pero no siendo, ¿cómo iba á cumplir sus compromisos si triunfara? Ni aunque se convirtiera en oro todo el agua del Ebro, ni que lloviesen diamantes, no bastaba. Pero... ¿cuesta tan poco ofrecer! ¿Será verdad lo que copiaba un periódico á mediados de Octubre, de que ahora se dedicaba á embaucar desde soldado á sargento, ofreciéndoles tres ascensos? ¡Infelices! .. Digo mal ¡pobre D. Manuel! pues los militares le han conocido también y saben que sacarían el nombramiento en el bolsillo y las manos en la cabeza. Si; no olvidar aquello de «El que quiera peces ..» Ya veis lo que hace él.

gencias, hasta las más caprichosas extravagantes é inoportunas. ¡Gran chasco! ¡¡horrorosa decepción!! Aquello no puede ser, esto tampoco.

Vamos por partes, pues obras son amores.

Si antes proclamó y exigía como muy conveniente la coalición republicana ¿cómo se entiende que hoy, á juzgar por *El Porvenir*, haya desistido de ella y *hasta la rechace el siempre CONSECUENTE revolucionario*? ¿Estaba entonces errado? Pues deducimos, sí, no sacamos en consecuencia otra cosa más que una falta de carácter, de fijeza en sus ideas. ¿Qué de extraño tiene que nadie absolutamente le crea nada nada de cuanto dice? Razón sobra á cuantos afirman que jamás debe ni puede hacerse caso de las palabras de Zorrilla «pues es más voluble que las mujerzuelas.»

Repetidísimas veces ha dicho que no venía á España «porque no le habían levantado el destierro, cuya orden estaba aún vigente.» Entra al poder Sagasta y á más de abonarle todos los haberes de cesantía devengados (1) le abre las puertas; pero, á falta de pretextos algo fundados, dice que vendrá «cuando planten la constitución del 69.» Sucédele á este gobierno otro aún más liberal, demócrata (el *máximum* que dentro de una Monarquía constitucional podía exigirse, (pues hasta iba á consignar la constitución tan anhelada por el proscrito), pero nada. Finalmente—*y esto es lo más gordo*—reúnense aquí sus partidarios para discutir si debe venir ó no: la casi totalidad acuerda afirmativamente, pero oponiénd.

(1) Ahora y cuando no le pagan no cobra cesantía ¿por qué ha de renunciar á ella? Habrá alguno que haya despreciado los 50.000 reales: yo tengo entendido de Pí y Margall únicamente, quien desde que dejó la cartera jamás ha percibido un céntimo del Estado y aun teniendo hijos nada quiere. ¿Y ese hombre, que es autor de tantas obras científicas, demuestra su talento? Será una notabilidad, todo lo que se quiera (pues ni de vista lo conozco) pero en esta parte es más listo D. Manuel: ¿quién lo duda?

dose unos cuantos (1) faltó muy poco para tirarse los trastos á la cabeza y acabar como el Rosario de la Aurora; pero á todo esto aquel ciudadano, *que ofreció su incondicional adhesión*, riéndose de todos los acuerdos, conforme á su santísima voluntad, sigue allá. ¿Querrá decirnos lo que espera? La persona de menos sentido común hubiérase ya internado años atrás y nuestro héroe pudo sin temor alguno regresar desde el primer día que se le franqueó la entrada. Ultimamente, si aún dudaba, nunca mejor ni con más desembarazo que durante el ministerio Posada.

Sí: Ruiz Zorrilla debió regresar á su querida patria, no por aquel refrán *Elojo del amo...* sino todo lo contrario; á descansar pacíficamente. Hubiera fijado su residencia habitando con la mayor tranquilidad en Madrid, Barcelona ú otro cualquier punto: últimamente en su mismo pueblo ¿dónde mejor? Allí respirando la atmósfera tan pura que orea la Horcajada. ¡Cuánto se hubieran alegrado sus antiguos consocios! ¡Qué satisfacción no experimentarían la mayoría de los labradores de aquellos contornos en ver á su amo! ¡Cuánto, en fin, no gozarían los cronistas de mejores tiempos, los venerables ancianos de aquella hermosa villa al tener el gusto después de tantos años de cruzar el saludo con el hijo del pasiego.

Es verdad que aun cuando D. Manuel no ha pisado el Burgo de Osma hace diez y ocho ó veinte años ni ha dado á su municipio tratamiento alguno (2) nunca podia olvidarse de sus paisanos, á todos los quiere mucho; pero ¿qué pintaba allí? ¿En qué iba á pasar ahora el tiempo? ¿Había de imitar al ministro antidiluviano, á ese enemigo acérrimo de la de-

(1) Los íntimos de Ruiz Zorrilla, porque están en el secreto, pues los demás no saben nada: la mayoría de los socios están á ciegas, hacen alarde *de «que son»* y no vienen á ser más que (¿cómo diré yo?) así una cosa parecida á los burros de reata.

(2) Hoy, gracias al ministro Romero Robledo, lo tiene de «Ilustrísima.»

mocracia, al por tantos títulos respetable Moyano que, en vez de pasar la canícula en el Extranjero, se marcha á su pueblo y, rozándose con la gente del campo, se pasa horas enteras y hasta compartiendo las faenas agrícolas con los labradores? Eso es de muy mal gusto. Además: ¿qué es D. Claudio? que como senador por la Universidad Central y por mil circunstancias han presentado su candidatura, pues ninguna otra con más justicia, para la presidencia de la Academia de Jurisprudencia y que él se obstina en no aceptar? ¡Bah! Ni él ni ninguno tiene comparación con Ruiz Zorrilla.

¿Este granhombre iba á venir á España para colocarse á la misma altura y ser igualmente considerado que los ciudadanos Pí, Castelar, Serrano, Martos, Sagasta, etc. etc., ó había de meterse en su concha como un Espartero? Eso ni estaría propio en él ni tampoco es digno de su excelsa categoría, toda vez que D. Manuel es el Rey de la democracia. Sí, lectores carísimos, Rey (no rey); al menos así lo consigna con letras muy gordas un periódico semanal, *El Zorrillista*, que, á juzgar por el único número (creo es el 2) que permanece expuesto constantemente en un tenducho, viene á ser como *Gaceta Oficial* de Ruiz Zorrilla por cuanto en su encabezamiento inserta en grandes caracteres el estado de la Familia Real proscripta, residente en Londres. También me dijeron haber visto pintado el busto de éste en una onza de oro con la siguiente inscripción: MANOLUS I. D. G. HISP. ET IND. R. (¿No hubiera estado menos chulo y más conforme con la gramática EMMANUEL?) y que aplicando el sistema monetario á los hombres políticos (notándose la falta de Serrano, Moret, y otros altos) daba el valor de ochentín, escudito antiguo, duro de plata, perro grande y ochavo moruno, respectivamente á Pí, Castelar, Cánovas, Sagasta y Martos.

¿Y qué me direis al haber visto hace año y medio su retrato con el *fac-símil* de su firma? ¿Creeis que es la propia letra de Ruiz Zorrilla? Pues no sé de donde pueda haberla co-

piado el periodista satírico. Es más: la rúbrica tampoco es perfecta, y con la firma social que usó hace veinte años pueden comprobarla los imponentes del Banco de Propietarios, que confiados en el mezquino interés del 6 p^o anual, depositaron cuantiosas sumas; nadie mejor que ellos, por cuanto á falta de capital ó réditos, conservarán todavía con alguna esperanza los documentos con la firma del respetable emigrado. Compulsad ésta con la del periódico y vereis la gran diferencia. ¡Ya podía envanecerse D. Manuel si tuviera tan buena letra!

También le habreis visto en una baraja como Rey..... de copas. ¿Cuántas habrá bebido el dibujante ó componedor de la carta con el emigrado? ¿Le juzga acaso un borrachín? Precisamente es repulsivo á los licores, pues en su mesa, que siempre fué modesta, no toma más que vino tinto, y únicamente al final de los postres un poco anisado en una copa de agua, siguiendo en esto la nunca interrumpida costumbre de su venerado padre quien disfrutó de una salud excelente los muchos años que tuvo de vida.

A nadie, pues, debe caber ya duda de que D. Manuel Ruiz Zorrilla es el Rey futuro de España. ¡Oh! D. Manuel, ¡cuánto gozo al pensar que veremos ceñir su augusta cabeza con la real diadema! ¡Ah!... ¡¡Oh!!....

Respecto á lo segundo manifestaré que ni aun las más modestas, razonables y justísimas pretensiones formuladas por sus amigos á Ruiz Zorrilla serían jamás atendidas; no, queridos lectores; no, os digo también á vosotros reformistas indefinidos ó como os llameis (pues ni siquiera lo sé ni entiendo vuestro credo); á vosotros que sois tan papanatas que confiais tan ciegamente en Don Manuel considerándole vuestra Providencia; NO, concluyo repitiendo para que se enteren bien tantos infelices que muy orgullosos conservan en su cartera ó guardan como oro en paño ¡ilusos! en el rincón más escondido de su casa alguna carta, credencial, nombra-

miento, etc., firmado por Ruiz Zorrilla remitido desde el extranjero para que con gran exposición de su salud, sus intereses y hasta de sus vidas, pero confiados en las maquiavélicas promesas de aquél, secunden los descabellados planes concebidos en la febril imaginación de ese eterno é insaciable conspirador que va á ciegas, sin saber el camino que pisa ni el fin que se propone. No lo dudeis, fervientes admiradores del proscrito, todo cuanto digo os será sensible leerlo, pero es la pura verdad: tomadlo como queráis; quizás entre vosotros haya alguno que se ría, pero tiempo llegará en que, tocando el resultado, se convenza íntimamente de la certeza de mis aseveraciones, que ahora, apasionado, descreído ó miserablemente engañado, atiende con oídos de mercader. Sabedlo todos, fijaos mucho, entended bien que D. Manuel Ruiz Zorrilla, si no debe compararse á esos charlatanes embaucadores de plazuela que se ríen de sus admiradores después de haberlos explotado á placer, merece un duro calificativo porque, á más de inconsecuente, es, ha sido y será toda su vida un..... desagradecido. A la prueba me remito.

¿Cuándo y con qué méritos, á no ser por el duque de la Torre, hubiera llegado á ministro? ¿Cómo paga á su anciano protector la cartera tan á poca costa é infundadamente *de buenas á primeras* obtenida? Ya lo estais viendo; no necesito decirlo, porque da asco.

Aparte de eso (¡y que es poco!), colocado ya en la poltrona, ¿qué consiguieron después de tantas promesas los de él inseparables en la infancia? ¿qué sus compañeros de estudios, de glorias y fatigas? ¿qué los antiguos (algunos descalabrados) corresponsales en provincias del famoso Banco precitado? ¿qué, en fin, los amigos íntimos de toda la vida, hasta los más entrañables de su bondadosísimo y siempre muy cariñoso padre? Ni unos ni otros, á pesar de tantos á la verdad recomendables títulos, lograron penetrar siquiera en la morada de D. Manuel absolutamente ninguna de cuantas veces lo intentaron. Más todavía:

no detener el coche, ni aún con una simple cabezada se dignó jamás contestar, antes al contrario; hacíase siempre el distraído en la calle al saludo tan respetuoso con que indebidamente le distinguían sus amigos.

Y á su familia ¿qué bienes reportó la subida al poder del Sr. Ruiz Zorrilla? Favoreció con rapidísimos ascensos á un abogado y otro ú otros militares, todos de ideas opuestas (tanto que alguno de éstos se ha honrado sentándose á la mesa del Rey D. Alfonso), é hizo obispo al fraile (1). Verdad es que éste, sea por lo monita secreta ó por otras razones de conveniencia, le pareció propio renunciar la mitra, prefiriendo como más descansado y aún lucrativo, á pesar del voto de pobreza solemnemente contraído el día de su profesión, encargarse de la banda de frailes que, con el nombre de Escolapios, envió don Manuel al Escorial (2). ¿Con qué objeto fue-

(1) Siento hasta tener que citar nombres propios para justificar mis asertos, pero no quiero ofender á nadie y no me he creído; dispensado de hacer constar lo del dicho agraciado, porque fué injusto el elogio prodigado por la prensa á tal nombramiento; pues, como su primo no ha escrito ni el menor opúsculo, tampoco tiene grado alguno, ni aun en Teología; y por último, el nombre del Padre H., hoy precedido de otro tratamiento por ejercer una dignidad en la Orden mucho más elevada á la del Muy Reverendo P. Provincial de las dos Castillas, Andalucía, Murcia y Galicia, no se ve entablilla alguna de sermones jamás. Ahora recuerdo que sólo dos veces ha subido al púlpito de su iglesia para ensalzar las glorias del Santo del cerdo, cuyo panegírico estaba mejor estudiado que comprendido, pues dejaba incompletos algunos párrafos; tal lo advirtieron hasta los más miopes presentes y quizás estaría algún *bombista*. Así, pues, venía aquí muy de molde aquel tan consabido refrán: «*Si el sabio no aprueba.*»

(2) Por cierto que cuando ocurrió el incendio del monasterio—según los educandos y por los rumores circulados entonces é insertos en *La Iberia* y otros diarios (menos los zorrillistas)—mostró ser un patriota á toda prueba, pues mientras algunas familias se agrupaban al colegio en busca de niños para llevárselos á sus casas; otros acudían presurosos á quitar combustible al elemento devorador, y todos los vecinos, sin distinción de clases ni partidos, lamentando la grandísima é irreparable pérdida, aprestábanse gustosísimos con la medida de sus

ron? ¿iban á difundir ideas liberales como creerán ciertos diarios? No; á inculcar las máximas del Evangelio, según se leía textualmente como también en letras muy gordas el nombre del Padre H. en los anchos (á dos columnas) y extensos anuncios insertos entonces casi á diario en la cuarta plana de *La Correspondencia de España* (1).

fuerzas á salvar la octava maravilla del mundo, el bendito fraile, con asombro é indignación de todos los colegiales, exclamaba: «¿y mis puros? ¡si se me quemarán mis puros!» Sólo, por lo que veían los educandos, cuidaba de salvar el único objeto que al fuego estaba destinado; y no parece que mostró gran pena por tan irreparable catástrofe; pues, como dije antes insertaron varios periódicos, reflejaba en su semblante hasta cierto aire de satisfacción cuando recorriendo los claustros con su pariente, le iba enterando con mucho detenimiento al entonces jefe del Gobierno, quien sólo fué á aquel real sitio para apreciar muy de cerca ó por sí mismo la inmensidad del desastre; al menos así dijeron ellos, pero yo creo que por estar un día con su primo á quien tanto quiere; pues, aparte de las ideas que propaga y á disgusto de *El Motin*. D. Manuel se enorgullece con tener un primo fraile, sí; le quiere entrañablemente; hasta le adora.

Después marchó (el cura, no el ministro) á la capital del mundo católico, donde ejerciendo un elevadísimo cargo, visitaba muy frecuentemente al Papa, cuyas simpatías debió captarse. Le contaría ¡Dios sabe cuántas cosas! no sólo su parentesco con el jefe de la masonería española, sino su gran afición á los periódicos liberales; y tan satisfecho debió quedar de él Pío IX que hasta le concedería autorización amplísima é ilimitada y hasta expedir á los demás frailes para que le trajera él mismo á su regreso un buleto para tomar, leer y aún darlo á los niños para estudiar *El Porvenir*, á juzgar por el ansia con que aquellos santos varones, disputándose mutuamente y con gran calor la vez, se apiñan en torno del afortunado (!) que lo está leyendo, para en cuanto termine arrebatárselo de las manos.

¡Qué dirían nuestros padres que allí se educaron si hubieran visto tal cosa! ¡Cuántos castigos, cuántas privaciones, cuántos encierros y dietas no les habrían impuesto si hubieran permitido la osadía de leer un periódico liberal! Aún recordará cierto fraile la pena que impuso hace treinta años á un niño que á la sordina se atrevió en paso, burlando su vigilancia, á comprar *La Iberia* ¡Cómo cambian los tiempos! ¡Lo que va de ayer á hoy!!

(1) Excuso decir que vayan tomando apuntes *El Liberal*, *El Motin* y *La Broma*, porque aún cuando apa-

Por lo visto, sólo encumbró á los parientes de lustre pero á los más próximos, *aun siéndole adictos* Y QUE EN SU CASI TOTALIDAD BIEN LO NECESITAN á pesar de su indiscutible aptitud y honradez nunca desmentida, ó los despidió con cajas destempladas ó los puso en la pendiente, ni más ni menos. Cierta día dijo muy orgulloso D. Manuel á cuantos le visitaron: «siempre fué mi familia numerosísima, pero en dos meses que llevo de ministro ha aumentado de una manera admirable: hoy se me han juntado en casa ¡hasta ochenta parientes! todos á pedirme destino.» ¿Lo lograron? unos al momento, otros después de cuatro años, muchos nada. ¿Y los favorecidos, qué? aparte de algún abogado con título y sin ciencia, plazas de vigilante de ferro-carriles ú oficiales de correos en capitales de tercera clase; dándose por contentos, sumamente satisfechos; pues ni aun eso consiguió un primo carnal, quien, á pesar de su buena letra, una licencia brillantísima é idoneidad, obtuvo la plaza de..... «*guarda de montes,*» cargo que desempeñó honradísimamente y muy á satisfacción de sus jefes, entre ellos un Sr. Bengoechea, quien podrá justificarlo y asegurar también que dicho benemérito de la patria se vió en la dura, pero imprescindible necesidad, de privar del pan á su familia, dimitiendo, para evitarse un

rentan ignorarlo saben todos muy bien la historia de su jefe y estáu al corriente de todos los detalles tan bien como yo. Lo que acaso no sepan, por cuanto ninguno de ellos lo ha publicado, es el viaje emprendido en Mayo último por el Padre H. hácia la provincia de Zaragoza, en cuya región permaneció un mes con el exclusivo objeto de adquirir un edificio grande ó local capaz para convento en las inmediaciones de Calatayud. Tan fausta é importante noticia que, siquiera por compañerismo, debió haberles participado su carísimo colega *El Porvenir*, la consigno aquí para que cuando se instalen en la comarca aragonesa los reverendos padres, se apresuren aquellos periódicos á dirigir su felicitación entusiasta no al Gobierno ni á Pidal, sino al ilustre jefe del partido republicano reformista y también á su primo, que es á quien cabe la mayor gloria como iniciador de tan bello pensamiento. Ante todo, justicia. *Suum cuique.*

tercer secuestro por los carlistas, quienes le demostraron su antipatía al oír se llamaba precisamente como el entonces jefe del Gobierno. Por cierto que hace años (si la memoria no me es infiel en Enero del 77) paseándome en las afueras de Tetuán un día festivo, ví en la construcción de una posada trabajando un hombre muy demacrado que parecióme él; pero en la duda pregunté á otro operario, que me convenció ser el mismo, é hizo un ligero relato de la muy precaria situación de aquél, hasta el extremo de que *todas las mañanas* AÚN LAS MÁS CRUDAS Y MUCHO ANTES DE AMANECER, *enviaba sus tres niños—jel mayor de ocho años!—sin abrigo y HASTA DESCALZOS á la Escuela Pía, para después de cumplir los requisitos de oír misa y entrar en clase, LLENAR SU CAZUELITA DE SOPA* (1).

Como me gusta fijar bien los acentos y usarlos hasta en las palabras que no es precisa su colocación, *debo también poner los puntos sobre las ies*: es decir, que me agrada poner todo en claro; evidenciarlo sin ambages ni rodeos.

Oyéndome cierto día referir la conducta tan extraña é inexplicable hacia su familia de D. Manuel un acérrimo partidario suyo, sin dejarme concluir (¡cuánto ciega la pasión) crispándosele el cabello, salidos los ojos de sus órbitas y, en una palabra, como queriendo tragarme, se apresuró á decir:

«No puedo permitir que V. trate de ese modo, le calumnie y difame á D. Manuel Ruiz Zorrilla,

(1) Aun cuando conserva el tradicional nombre de sop, será *gillopa*, ó como se llame aquel semigluten nauseabundo y hasta pestífero según el P. Miralta publicó en un periódico. Hoy no es sopa ni tampoco bazofia de los succulentos manjares que los escolapios, ya bieu hartadizos, desechan de su mesa; por cuanto aquélla, condimentada á modo de menestra, sirve para los internos que es la cena que llamaban *guisote*, y dejándola siempre intacta, se dolían no ser igualmente considerados que sus compañeros los colegiales de San Fernando, donde estuvieron siempre bien compuestas las viandas, tiene sustancia el cocido y no tasaron nunca el agua en las comidas.

pues precisamente nadie más que su propia familia le ha matado á disgustos y diré más todavía: que hubo individuo que para satisfacer sus vicios, molestaba á todo sér viviente, áun á los completamente desconocidos. Luégo tomando el nombre de D. Manuel ó escudado en su apellido, se acercó con mucho orgullo y más pretensiones á Maissonave, y, no alcanzándole *ni aun para cigarros*, según contestó muy engreído al entonces ministro, con el destino de 16 000 reales que en el acto le daba, marchó á Filipinas con 4.000 pesos. En cuanto llegó, protextando regalar no sé qué á un cierto personaje hizo una cuestionación y aun que la obtuvo muy crecida, toda se la guardó; cometió sin cesar grandes fechorías que le dieron pronto á conocer, y por último: lo que llamó más la atención, pues indignó sobremanera á todos, fué el acto tan degradante é inconcebible de vender por quinientos duros.... Su virtuosísima é inocente esposa, gracias á un botón del vestido, no pudo consumir el acto en que tuvo necesidad de intervenir hasta la primera autoridad. ¿Quiere V. todavía más? Pues no será pariente muy lejano de D. Manuel, por cuanto siempre se firma Ruiz Zorrilla. ¡Si yo fuera á contar á V. todo!... Por último: ya, habiéndose allí granjeado hasta el odio de todos, tuvo que venirse y luégo en Madrid, después de haber dejado allá indelebles recuerdos, siguió dando *sablazos* á diestro y á siniestro y ¿pero qué más decirles? hasta á muchas patronas, pues aunque tenía oasa en la carretera de Aragón número 2, no iba por allí ni hacía caso de su pobre mujer.

En fin: harto de dar timos y cometer estafas fué á parar al Saladero, de donde se escapó y tuvo que pagar el pato un pobre carbonero que era su fiador. Yo no le he vuelto á ver más. ¿V. que conoce á esa familia ignora todo esto? Pues lea las Gacetas del verano del 79 y allí están las citaciones judiciales.

¡Qué baldón para un hombre tan honrado como D. Manuel! Razón tiene para quejarse de su familia! ¡pobre hombre! ¿Qué me dice V. á eso?»

Entónces yo le contesté:

«Ignoro todo eso y aun sabiéndolo me hubiera callado siquiera por caridad, que V. no ha tenido ahora con su idolatrado jefe. Conozco bien á don Manuel Ruiz Zorrilla, mucho antes de vivir en la calle de Peligros, cuando con su señora estaba de huésped en la de el Caballero de Gracia (número 40, si mal no recuerdo en cuyo portal hubo esterería) era buena casa, llamábase su patrón

Fausto. ¿Quiéren ustedes más señas. Había también y sentábase á la mesa con el matrimonio, un caballero que padecía enfermedad de risa, y se llamaba San. . . (no sé cómo pues nunca vi la firma). ¿Qué le parece á V.? ¿va fecha? ¿Cuántos de los que se la echan de íntimos amigos ó parientes muy cercanos le precisarán con tantos detalles sucesos de veinticinco años? ¡Si sabré quien es Zorrilla! También conozco á toda su familia (por cierto bastante dilatada y extendida por todas las provincias de España), mejor dicho, á casi toda; pero de ese tan crecido número de individuos que firmándose con propiedad ó indebidamente *Zorrilla*, se hacen pasar por primos y hasta sobrinos carnales, no, de escs á ninguno; sólo á sus verdaderos parientes. Del mismo modo, puedo asegurar á usted que esa persona á quien usted recrimina, firmese como quiera, *ni es primo ni sobrino, MENOS AÚN CARNAL*; pues todos éstos, aunque en su mayoría no *son ricos*, HAN OBSERVADO SIEMPRE UNA CONDUCTA INTACHABLE. Más diré: que unos por serles sumamente violento;—pues se les figura van á cometer un crimen al demandar *no limosna*, que jamás á pesar de su gran necesidad hubiera ninguno admitido, sino entiéndase bien, trabajo ú ocupación!—otros por demasiado tontos en continuar guardando indebidamente consideraciones á quien falto de amor á su sangre jamás las tuvo; los más por su fatal estrella, todos, *todos* vienen *ayunando* desde el advenimiento de la República.—¿Y no le dió á V. nada cuando fué ministro? al expresarse así...—Sobre este punto habría mucho que hablar; pero ahora no tratamos de eso, sólo de lo que usted dice. Además, usted sabe también que yo jamás me ocupo de política ni critico á nadie; tan es así, que mis conocidos confesarán no haberme oído nunca hablar mal de ningún político, menos aún de Zorrilla, á quien siempre he defendido calurosamente, pero tampoco puedo ver con indiferencia esa apatía, esa insensibilidad hacia su familia y que después de infringir las leyes de la naturaleza— aunque Legisiador Supremo—y quebrantar los sentimientos humanitarios tenga todavía el cinismo de decir—segun V. afirma—que le mata á disgustos.»

Como todavía insistió replicándome, y yo por rehuir (según costumbre, aunque era tertulia de mucha confianza) me empeñé en no contestar, el más caracterizado—que conocía á Zorrilla y á mí también—se levantó visible-

mente conmovido; y después de las fórmulas preliminares de cortesía, en él más indispensables puesto que no es ni fué nunca político, se expresó en estos ó parecidos términos:

«Siento mezclarme, doblemente porque no soy político, para decirles que si mucho he sentido la forma de expresarse del uno (aun cuando no me extraña porque sólo se dejan llevar de una impresión sin conocer la causa), no menos he admirado el comedimiento y la prudencia del otro. No es calumniar á Zorrilla el decir que ha hecho poco por su familia. He oído hablar en Tetuán, muy bien por cierto, del «sordo Zorrilla» que tenía gran licencia y que cuando el cólera del 56 prestó muy brillantes servicios en la provincia de Soria: me dijeron había logrado la plaza de barrendero en Chamberí, y ahora estaba de ordenanza en el cuartel del Conde-Duque.

Yo sé de otro primo por afinidad de D. Manuel, con familia, que no alcanzándole los 4.000 reales de vigilante, pidió un destino mejor á Sagasta, y se lo dió. En fin, que ha hecho más D. Manuel por los extraños que por los suyos; probaría que ni siente la sangre de sus venas; pues si yo empiezo á citar nombres... A propósito, conozco bastante (todos Vds. también, por lo que y para no ofender su modestia no le nombro), á un pariente muy próximo del emigrado, —por cierto que nunca se firma Zorrilla,—quien por su extrema buena fé ó inexperiencia ha sufrido vicisitudes tan penosas que á veces hasta se ha visto sin techo ni hogar, pues ni aun así jamás ha importunado ni acercádose siquiera á ninguno de cuantos en los días de prueba admiraron su gran resignación, doliéndose de que á pesar de su disposición, aptitud y honradez nada comunes y nunca desmentidas, no hallase donde ganar el sustento, y si lo encontraba oponíase algún manipulante del proscrito, que tratándole de «pariente muy lejano» le aplicaba mil dicterios y hasta hoy mismo se goza en hollarle con el único fin de incapacitar á ese «pariente muy lejano» que ve todo con desprecio, pues como nunca por nada tiene que bajar su cabeza se honra con la amistad de personas caracterizadas en diversas profesiones *y aun algunos muy afines al mismísimo D. Manuel*, que indistintamente se hallan dispuestos á garantizar á satisfacción á quien hace años es víctima de la inquina de algunos miserables. Es necesario conocer bien á las personas para juzgar.»

¿Veis todo esto? De la misma manera obra con los amigos. ¿Quién en situación meritoria no presta algún favor? sólo él, y pudiera evidenciarlo aquí citando personas que han hecho el sacrificio de ir al extranjero para interesarle en asuntos beneficiosos al país y hasta se ha negado á darles una simple carta; pero toda vez que con los muchos justificantes de mi aserto guardo otros documentos muy curiosos, cuya extensión é interés no me releva de dar pronto á luz mi obra, creo propio reservarme el publicarlos todos juntos.

Únicamente diré ahora, y podéis creerlo, que si todos esos personajes que hoy le son adictos le interesaran para algo ¡qué decepción habíande sufrir! Sin embargo, yo confío en que han de separarse de D. Manuel muy pronto, cuando lleguen á conocerle tan bien como cierto ciudadano quien, á pesar de tantas distinciones é incesantes favores, supo redondearse *con cierta misión* que se le confió hace año y medio para una plaza importante.

También á Ruiz Zorrilla le conoce *El Liberal* por cuanto hacia el 4 ó 6 de Noviembre último insertaba, no copiado sino con el tipo corriente de letra y en su primera columna, lo siguiente:

«El, desde lugar seguro, corrompe la felicidad militar y realiza las vergonzosas sublevaciones de Badajoz, Santo Domingo de la Calzada y Seo de Urgel. El envía á la muerte á infelices soldados y oficiales sin correr por su parte ningún peligro porque le resguarda la frontera. El busca en los cuarteles á los redentores de la república. Es un agitador vulgar, un conspirador cobarde, un carácter pequeño. No es un Kossut, ni un Mazzini; ni nada que se parezca á los demagogos legendarios de este y del pasado siglo. Es simplemente Ruiz Zorrilla; un miserable que subleva regimientos y plazas fuertes.

Así lo dijeron, yo no me lo explico. Asimismo, tampoco la conducta de *El Porvenir* al insertar hacia Reyes el siguiente suelto: «Don Carlos y D.^a Margarita de Borbón han remitido al Sr. Arzobispo de Granada la su-

ma de 15.000 pesetas para socorro de las víctimas de los terremotos.» También publica la carta dirigida al ministro de Estado por el Nuncio apostólico, quien, á nombre del Papa, ponía á disposición del Gobierno para las víctimas de Andalucía 40.000 pesetas. La inserción textual de este documento en el diario de D. Manuel Ruiz Zorrilla extrañaría no sólo á *El Motin* y *Las Dominicales del libre pensamiento* sino á cualquiera, y mucho más por cuanto—¡parece mentira!—*La Correspondencia* no lo ha publicado. Se explica que *El Porvenir* inserte las cantidades recaudadas en algunos casinos y hasta en el círculo de la Izquierda (por más que el cepillo colocado ó suscripción iniciada á principios de este año en el democrático progresista y la circular hace días redactada por Morán para dirigirla á los Comités con carácter urgente no respondiera al mismo laudable objeto), pero ciertas noticias que dan un tinte ultramontano al periódico inspirado por Zorrilla (?) no las comprendo. ¿Será acaso porque al ver el desaliento de sus partidarios quiera embaucar ahora á los carlistas? Paréceme que no lo conseguirá, pues éstos, que se ríen de sus continuas y asquerosas evoluciones, le conocen bien y comprenden su objeto: además no hallará uno tan sólo, *siquiera uno*, ni aun el más falto de sentido común, que sea tan iluso y confíe en las palabras y ofertas de don Manuel, no. Los carlistas son más expertos que los fanáticos de Zorrilla y saben que éste quiere que se lo den hecho; ¿por qué no salió al campo con sus partidarios? Sí; en el extranjero, sin exposición ninguna; desde allí empleará mil medios para sobornar á gente sencilla... ¿con qué objeto? con el de que, como dije y repetiré, le hagan el puente de plata, y si lo consiguiera resarciría luego á las víctimas que pudieran quedar lo mismo que á las enlutadas familias ¿sabéis cómo? en la forma que Ruiz Zorrilla premia la constancia de sus en la adversidad más fieles amigos, del mismo modo con que siempre remunera todos los servicios, aun los penosísimos y

arriesgados, con la ingratitude más inicua, con el más soberano desdén.

Aunque comprendo que muchos habránse ya convencido de la verdad de mis aserciones, sin embargo, debo insertar aquí para remate y por vía de epílogo un caso que por muchos de vosotros habrá pasado completamente inadvertido; pues bien merece la pena de consignarse. Estudiadlo bien, lectores carísimos, reflexionad muy detenidamente, aprended en él; porque es indudable que al hombre algo pensador le presenta ancho campo, un horizonte muy dilatado para extenderse en serias y profundas meditaciones.

A raíz de ser fusilados, Ferrándiz y Vellés, *El Porvenir*, excitando la caridad pública, abre una suscripción que encabeza con doscientas pesetas, cantidad precisamente igual á la con que otros colegas menos ó nada obligados la iniciaron también en sus respectivas oficinas. En las listas de aquel diario parecía muy natural y nada más lógico que, siquiera como de estimulante para los correligionarios, figurase en la primera línea el honroso é ilustre nombre de D. Manuel Ruiz Zorrilla; pero transcurrido ya mucho tiempo sin leerlo, dedúcese que en la esperanza ó seguridad de conceder *muy pronto* una crecida pensión á las viudas, no le habrá parecido propio contribuir ahora al socorro de esas desgraciadas familias ni aún con el óbolo más insignificante; pues al emigrado—¿á qué ocultarlo?—sea por vanidad, fanfarronería ó lo que quiera le gusta hacer públicos, como á ciertas gentes de alto rango, los muy pocos actos de caridad que pueden ejercer en toda su vida á pesar de hallarse nadando en la fastuosidad y en la opulencia. Si tal no fuera, *El Porvenir* habría ofendido la modestia de D. Manuel al manifestar hace meses que éste se había encargado de la educación del hijo del teniente Cebrián. Por cierto que como nada ha vuelto á decir y ningún otro periódico se ocupó de ello, dú-

dase si llevaría á efecto su generosidad; y en caso positivo debiera haber publicado en que colegio ingresó el pobre huérfano, y en cual iba á educar al también huérfano por su causa, al niño Mangado; pues de ser, como todos los parientes y hasta el mismísimo hermano de D. Manuel, en la Escuela Pía debe inspirarnos conmiseración esta segunda desgracia por cuanto los inocentes niños «saldrán lisiados» según la afirmación textual de *El Porvenir*, periódico de gran autoridad en esa materia toda vez que *nunca, jamás* fué desmentido ni aun por el mismo dignidad más caracterizado de la Orden, lector antiguo del dicho diario.

También se echa mucho de ver en la lista de suscripción, é indudablemente se presta á muy curiosos comentarios, la omisión de tantos parientes é íntimos amigos de D. Manuel que medraron á su costa (digo del país, pero por mediación suya), é igualmente brillan por su ausencia la mayoría de cuantos, *por la cuenta que les tiene*, están más interesados trabajando con gran empeño y sin cesar por la causa.

En el pueblo natal de Ruiz Zorrilla tampoco se apresuraron á responder á la invitación, y hubieran permanecido sordos é inertes, hasta que gracias á la presencia en aquel punto como residencia veraniega de un hermano político del conspirador vemos en *El Porvenir* del 21 de Julio una lista de paisanos cuya recaudación se eleva á la cifra de 169 pesetas; advirtiéndole que hay cuatro apellidos Zorrilla que figuran por un duro. También es muy digno de notar y débese tener en cuenta que un antiguo mandarín ó cacique repartidor de credenciales en toda la provincia y, por hallarse arrogado en cierta época de facultades omnímodas, hasta asesor ó mejor dicho consultor de gobernadores numantinos; ese sujeto, inmensísimamente rico como consocio inseparable y no sé cuantas cosas más del antiguo jefe de los radicales, ha dado...

¡diez pesetas! é igual cantidad un opulentísimo propietario, hermano político del emigrado. Esas dos personas, que con Ruiz Zorrilla forman como es bien sabido en toda la provincia de Soria é inmediatas una sola esencia, han tenido el empuje de desembolsar la muy respetable cantidad de..... (¡vaya un modo de derrochar! ¡qué despilfarro!) dos duros. Por último: debo consignar también que al final de aquella kilométrica lista hay otro cuñado del proscrito con otros dos duros; aun cuando nada tiene de particular la mezquindad de éste, pues si bien es cierto que también gasta coche y por su muy considerable fortuna le llaman algunos «el burro de oro,» no es menos verdad y ha de tenerse presente que se halla por completo desligado de compromisos de ninguna especie ahora como antes, por cuanto lejos de zascandilear como los otros nunca toma arte ni parte en nada. Los demás de la lista serán infelices y ya bien recargados renteros que por acceder á las exigencias de los propietarios se habrán privado ellos y sus familias de comer un día ó una semana ¡quién sabe! pero habrán comentado á su placer la conducta de los ricachones del pueblo, como la censurarán indignados todos cuantos conociendo bien á esas personas, hubiesen leído *El Porvenir*. En cambio, vemos personas desconocidas de todos y hasta del mismo Zorrilla que han dado mucha más cantidad, y tan modestas algunas (como se lee en la lista de Lucena y su aldea un J. S. por diez pesetas) que ocultan su nombre. ¡Qué lección para los paisanos de Ruiz Zorrilla! También puede aprender el que publicó con tanto bombo el haberse encargado de la educación de un niño huérfano por su causa, como si su obra, al parecer de misericordia, no fuera algo más que de rigurosa justicia. Hace poco se condolía *El Porvenir* de que había fallecido en un hospital y dejado en la indigencia á su esposa é hijos un hermano de Ferrándiz que se trastornó á causa del fusilamiento de éste ¿los habrá protegido D. Manuel? Lo

dudo cuando el periódico sólo les ha dedicado algunas líneas.

Ya veis, reformistas, los sacrificios de los *allegadísimos* y aun de vuestro jefe: con tan elocuentes datos y esos ejemplos edificantes aprended. *Obras son amores.*

Creí conocería yo únicamente á Zorrilla, pero no en Madrid, hasta en provincias hay quien le conozca también á juzgar por la siguiente carta que merece ser leída:

Sr. Director de *El Porvenir*: Muy Sr. mío y distinguido compañero: Algunos párrafos del artículo «Por acabado» que publicó el miércoles último el diario de su digna dirección, me dan derecho sin que pueda tachármese de impertinente á intervenir en la polémica, á mi modo de ver en mal hora suscitada por V. con motivo de la carta del señor Leiva.

Pertenezco á la media docena, según *El Porvenir*, á los innumerables miles de medias docenas, según la verdad, que siguen la política del Sr. Pi y Margall; estoy en punto á servicios á la República y á persecuciones por ella sufridas—ya que de esto ha hablado su diario—á la altura del que más tenga con posterioridad á la restauración, y hago merced de las que el Sr. Ruiz Zorrilla, en nombre del principio monárquico y de su prestigio, autorizó contra mí cuando se encontraba á la cabeza de un gobierno realista; y esto y el que intervengo en un asunto á que ha dado origen una carta escrita por otro republicano tan de provincias como yo y que no tiene más significación que yo.

Con este derecho, á mi juicio más que suficiente, me creo en el caso de decirle á V. por si estima de justicia hacerlo público, que en la cuestión de coalición republicana, sostenida por los federales desde hace ocho años con el mismo sentido con que hoy la sostenemos no hay más farsa que la emprendida y continuada por los que fuera del partido federal han hecho alardes de desearla, ni farsante que iguale á D. Manuel Ruiz Zorrilla; que este señor si está condenado á muerte es porque quiere ó porque á ello le han llevado su imbecilidad ó su grosera soberbia; que el antiguo perseguidor de los republicanos, hoy pretencioso maestro de democracia y de la república cuyo prestigio revolucionario ha sido flor de un día que agotaron su disparatada vanidad ó su torpe progresistería ha sido y es el mayor obstáculo para el logro de

los fines que todos los republicanos debemos proponernos; que ese hombre fatal para la democracia española, y á quien algunos pretenden presentar como un Mesías redentor, no es, en suma, sino el más vulgar de los ambiciosos ó el más negado de los mortales; y que no es de ningún modo cierto que los federales —ni total ni parcialmente,— se hayan negado á coadyuvar, ahora ni nunca, en todo lo que racionalmente debiera hacerse para llegar al triunfo de la República.

Y como yo no hablo por hablar, me comprometo á probar á *El Porvenir*, si quiere, y á toda España si fuere necesario, lo que dejo afirmado,— que es la opinión de todos los federales aragoneses,—sirviéndome no poco para evidenciarlo lo hecho en Zaragoza por el Sr. Ruiz Zorrilla las siete veces que desde 1876 hasta la fecha, ha considerado á esta ciudad como base para satisfacción de sus apetitos.

Suyo afectísimo compañero Q. B. S. M.—Juan Pedro Barcelona.

Zaragoza 27 de Octubre de 1884.»

Esta carta inserta, no sé en que periódico, pasó desapercebida por *El Porvenir*; luego todo cuanto en ella se afirma es cierto, porque en caso contrario parecía muy propio que ésta la hubiera insertado y después de rectificar todos los conceptos injuriosos demandar ante los tribunales ó pedir justa reparación á su autor quien estará muy tranquilo porque no hay duda que sus afirmaciones tenían tantos grados de certeza como desparpajo mostró en su escrito el francote aragonés.

Permitidme que á modo de paréntesis os participe que ahora según los sermones de un cura, parece se ha vuelto y desea la coalición D. Manuel. La debe intentar cuando su apóstol se interesa tanto por ella. Ya no hay duda á juzgar por una carta recientemente dirigida á los Sres. Figuerola, Llano y Persi, Trompeta y Gómez que empieza así:

«Me ha complacido en extremo su cariñoso telegrama, no precisamente por lo que *me* honra sino porque *me*...»

Y sigue más adelante:

«de demostrarme, de mis sentimientos afectuosos y de mi firme propósito de permanecer digno de etcétera.»

No sigo por que os cansaríais de ver tantas veces el *me* y el *de* en tan reducido número de palabras.

Ved, queridos lectores, cómo descuella en Ruiz Zorrilla la soberbia y la ambición. Mas faltaría á un acto de justicia si omitiera consignar lo que conviene saber á todos para que no se interpreten torcidamente los calificativos por mí aplicados al nuevo republicano. He dicho é insistiré afirmando que Ruiz Zorrilla es ambicioso: lo es muchísimo, hasta la exageración, pero—entiéndase bien—de figurar, de sobresalir, de darse importancia, pues no lo guía el interés de metal, nada de eso; nadie puede tildarle en ese sentido por cuanto me complazco en manifestar y diré muy alto que no es de los que han medrado en el poder. Además: aparte de que él era muy rico por su casa, *toda vez que su padre á fuerza de una laboriosidad incansable consiguió ganar á pulso, á la luz del día, á vista de todos y con honradex extremada una gran fortuna que legò á sus hijos*, su esposa, de familia muy conocida y respetadísima en cierta comarca, aportó algunos millones al matrimonio: así, pues, huelgan, deben desvanecerse y os ruego desechéis al momento esos juicios tan calumniosos. Igual digo sobre la especie vertida de que Ruiz Zorrilla se sostiene hoy á expensas de sus correligionarios y que le facilitan gruesas sumas. Hay algunos que osan decir: *Ruiz Zorrilla, al ver que no saca astilla de un país dice: «aquí me han conocido ya bien, á otra parte;» y varía de residencia, necesando hasta lograr dinero y favor; con seguridad no parará ni omitirá medio alguno hasta conseguirlo.* Yo contesto que el emigrado tiene tesón, pero en esa parte también dignidad, porque si él deseara dinero, tendríalo al momento cuanto quisiera y sin humillarse, pues entre mil personas que se apresurarían muy gustosos á facilitárselo sin el más pequeño interés, tiene un individuo íntimo, sin reservas, para todo é incon-

dicionalmente á él unido que habiendo heredado de un pariente mucha mayor cantidad á la necesaria, según cálculo aproximado de D. Manuel, para hacer la revolución, se la habrá ofrecido de todas veras; pero él no aceptará nunca un céntimo, ni molestará jamás á nadie en demanda de dinero. Por último, en comprobación de lo expuesto debo manifestar que por dignidad, más claro, por ese orgullo que hace ya tiempo llegó ya á colmo, aun cuando careciese de lo muy preciso para subsistir en el Extranjero, le franquearan aquí la entrada y le dieran doble cesantía, no vendrá; eso de venir D. Manuel Ruiz Zorrilla á merced de un indulto, jamás.

Está en Londres: allí, hinchándose hasta lo infinito, vivirá probablemente (como siempre y nada más lógico siendo Rey) en algún semipalacio; en él recibirá á todos los cortesanos; tendrá algún salón con retratos (de tontos ó crédulos que se consideran dichosos y muy honrados con su amistad) entre los que dejaránse ver los de Ferrándiz y Vellés. Excusado es decir que (aun cuando mejor haría en socorrer á falta de indemnización á viudas y huérfanos por su causa) elogiará mucho á los fusilados y al parecer doliéndose ante sus visitantes para que éstos, bien impresionados, digan luégo: «¡pobre D. Manuel! ¡Zorrilla tiene grandes grandes sentimientos, es un ángel! ¡qué entrañable es!!»

Allí, en su gran morada, recreándose con la lectura de las adhesiones insertas en sus periódicos; envanecido por las denuncias (puesto que le dan tanta importancia); riéndose, en fin, de que haya tontos que paguen á doble precio que *El Imparcial*, *Liberal* ú otro diario de más noticias, los tan halagüeños é infinitos disparates que constantemente inserta *El Porvenir*; allí, repito, espera—al menos su... (¿qué diré? ¿demencia, fantasía? no) imaginación hácele creer—que de un día á otro todos los españoles, apiñándose en apretado haz como un solo hombre, le han

de proclamar á voz en grito PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA; que una muy numerosa comisión de diversos partidos y de todas las provincias de España irá en romería (1) á suplicarle por Dios y por todos los santos de la Corte celestial (*¡á él tales medianeros! ¿no es mejor el triángulo?*) que venga á todo escape, porque á más de reclamarlo hace años las naciones vecinas, lo exige así la patria que cifra únicamente en él toda su felicidad y su ventura, pues confía en que ningún mortal ni sér alguno venido del otro mundo, nadie absolutamente más que D. Manuel Ruiz Zorrilla puede con su buen criterio y nada común sensatez (*¡aprieta!*) hasta regenerarla; él es, en fin, el único Salvador.

Hechas para su sayo, ó mejor dicho engolfado en estas consideraciones, habrá ya formado *ad libitum* su Constitución (*¡qué tal será ella! ¡estaré buena!*) no para someterla al maduro examen ó á la crítica de los hombres eminentes de la democracia ni tampoco á la sanción del pueblo, sino, pese á quien pese, para imponerla al instante contra viento y marea de todo el país: y—¡fuerza es decirlo!—su apetito tan desenfrenado de mandar, la obcecación que hace años padece hija del orgullo innato en él, le cree en el indiscutible derecho de imponerse cual déspota ó sultán ante, por y sobre todos los españoles olvidándose de que no Salmerón (aunque éste para *El Porvenir* no sea el aceite), sino cualquiera, el último de los republicanos conocidos, es cien mil veces superior á Ruiz Zorrilla, y reúne más criterio é idoneidad para mandar y mejor sentido común para obrar. Esto

(1) Aun cuando es prebable que como siempre habite en compañía de Ruiz Zorrilla algún sacerdote de sus íntimos amigos no estará de más que vaya el cura de barba ó patillas, quien, aunque contra lo prescrito por los cánones, visita cementerios disidentes pronunciando discursos algo... liberales, supónese conservará todavía el carácter sacerdotal y puede presta los auxilios espirituales al jefe, (según dicen algunos) de la masonería en el caso de que le oiera otro desmayo como el que dijeron le había dado hace años en su dehesa.

¿quién se atreverá siquiera á ponerlo en duda? lo conocen todos y—¿por qué no decirlo? hasta el mismísimo D. Manuel lo sabe también aun cuando aparenta ignorarlo, porque ¡cosa muy natural! después de haber llenado de incienso su nombre y su cabeza de aire ya no le conviene colocarse en el lugar que le corresponde y sí, como dije antes, sobre todos los españoles; más todavía: si fuérale posible, hasta por cima de los emperadores y monarcas todos de Europa y de las cuatro partes restantes del mundo.

Voy á concluir: pero antes no me creo dispensado, queridos compatriotas, toda vez que á vosotros dedico este desaliñado trabajo, estoy en el deber de daros una satisfacción y pedir os un favor.

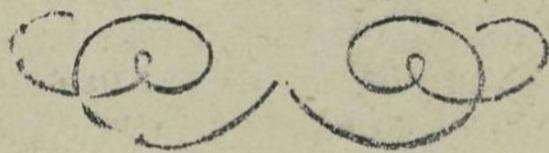
Hace cuatro meses que hallándome con varios conocidos hablando de política (por cierto contra mi costumbre), aquél que se preciaba de más enterado al ocuparse de Zorrilla, habló en términos que hartó de oírle disparatar, no pude menos de meter baza. Admirados todos de que yo conociera tanto al emigrado, me suplicaron algunos detalles biográficos. Ocurrióme escribir su historia, para que todos pudieran juzgar por sus actos á quien tanto lo deseaba; pero en la imposibilidad de leer periódicos y tomar apuntes, *aunque nunca me es infiel mi por muchos envidiada retentiva*, desistí. Hoy tampoco me encuentro en condiciones, toda vez que perseado incesantemente por la desgracia no tengo tiempo, humor ni gusto para nada; pero habiendo visto con dolor que ni las predicaciones, ni aun tantos y tan elocuentes textos bastan para desaferrar á esos cuyo jefe ignora hasta el terreno que pisa ó el fin que se propone; deseando evitar se alucinen muchos infelices con ciertos halagüenos escritos; dispuesto á vindicar á determinadas personas cuya honradez é idoneidad son tanto ó más probadas que serlo puedan las de algunos detractores; sintiendo, en fin, pues me ha

llegado al alma é ignoraba hasta este mismo año una especie vertida por cierto ó dos incalificables sugetos, no vacilo en escribir la historia de Ruiz Zorrilla para que todos los españoles le conozcan bien á fondo, y deploro de todas veras que obligado á hacerlo con toda la precipitación que exige la dignidad altamente ultrajada por aquélla (ó aquéllos según sea la especie ó los difamadores), y careciendo de útiles propios, hasta de un mal Diccionario, deje muchísimo que desear hoy: pero tened paciencia y esperad que más despacio y pronto publicaré una obra voluminosa: sí; bien repleta de justificantes que muy cuidadosamente conservo y siento no haberlos publicado como pensaba en éste que es ó puede considerarse como un pequeño índice.

Hastatanto, y después de daros las gracias, benévolos lectores, por la atención que me habéis dispensado al leer estas incorrectas líneas, como quiera que este prólogo sólo sirve para formaros una ligera idea, *y podáis ir juzgando por sus actos á quien en ello tuvo GRAN EMPEÑO*, os ruego me dispenséis las faltas que procuraré subsanar en mi libro. En él probaré evidentísimamente, *y han de conocer hasta los mismísimos correligionarios del proscripto*, que no se concibe pueda interesarse por el bien de su país ni aun siquiera dolerse de sus desgracias quien lejos de aliviar las de su propia familia, se goza en ellas por cuanto, como se ve, tiende á labrárselas; y por último, aun cuando luégo vengan ciertos periódicos publicando protestas y funciones de desagravios (¿?) contra este folleto—lo que de nada sirve si no se rebate punto por punto—nadie podrá negar, hasta la persona por él más ciega y menos dotada de sentido común, que D. Manuel Ruiz Zorrilla, símbolo de la petulancia, la vanidad y la ignorancia, es la personificación del caos; y ¿por qué no publicarlo? no puede ni debe en modo alguno regir los destinos de este país cuyo desquiciamiento sería inmediato al triunfo de aquél. Ya podíamos entonces, re-negando hasta del honrosísimo nombre de

españoles, emigrar á tierras lejanas antes que ser víctimas de esa funesta calamidad que sólo se ha propuesto hacer el ridículo y llenar de oprobio y de vergüenza á nuestra hidalga nación.

Madrid 26 de Febrero de 1885.



ERRATAS MÁS NOTABLES.

Siendo muchas, á pesar de lo terminantemente prevenido por el autor y en la segunda página consignado, las cometidas en la composición muy precipitada de las cajas, ya fijando indebidamente acento, como se ve en *Ruíz, Pí, fé, jóven, entónces, áun* (hasta), etc.; ó, por el contrario, suprimiéndolo en algunos relativos, dicciones verbales terminadas en *eis, ia ó ian* y otros vocablos que siendo indispensable aquél han debido escribirse: *qué, juzguéis, podréis, podían, dolían, Domínguez, construcción*, etc., sólo se insertan aquí, aun cuando al momento se habrán salvado también por el lector y que alteran el sentido, las siguientes:

PÁG.	LÍNEA	DICE	LÉASE
10	23	decepcion horrosa	decepción horrosa
13	33	Y ¿por qué	¿Y por qué
17	42	prosiguió.	prosiguió:
18	42	abatido,	abatido
19	11	práctica	práctica
19	15	preséntase candidato	preséntanse candidatos
21	41	sonle	sónle
21	43	en	en él
25	29	tardrían	tardrían
26	30	coalgasen?...» le	coalgasen? «...le
30	33	aquel	aquél
31	12	luego	luégo (es adverbio)
32	35	gozado,	gozado
34	35	y e confirma	y se confirma
35	31	míllón	millón
35	48	Estará	Estará
37	46	<i>oira</i>	<i>otra</i>
38	13	las	los
38	44	Si;	Sí;
44	13	lo	la
44	23	creído;	creído
44	33	ninguno	ninguno
44	38	aprueba.»	aprueba...»
47	6	día	día
47	13	AÚN	AUN
48	12	protextando	pretextando

Precio: **UNA PESETA** en toda España.

Se vende en las principales librerías de Madrid, capitales de provincia y en todos los pueblos de alguna importancia.

Po. mayor en la calle de San Vicente, núm. 29, D. Emilio I. Ballano, á *ocho pesetas la decena y setenta el ciento de ejemplares.*

IMPORTANTE.

Los pedidos de provincias se sirven francos de porte. También, para mayor garantía, se certificarán gratuitamente cuando aquéllos se hagan en carta certificada.

Próximo á publicarse el *JUICIO CRÍTICO de la prensa* y APÉNDICE á la *HISTORIA DE RUIZ ZORRI-LLA*, se citará en la cubierta, como puntos de venta de este folleto, las casas de los corresponsales de provincias (á no oponerse éstos), que hubiesen pedido más de diez ejemplares.

NOTA. No se sirve remesa alguna en comisión ni sin previo pago.